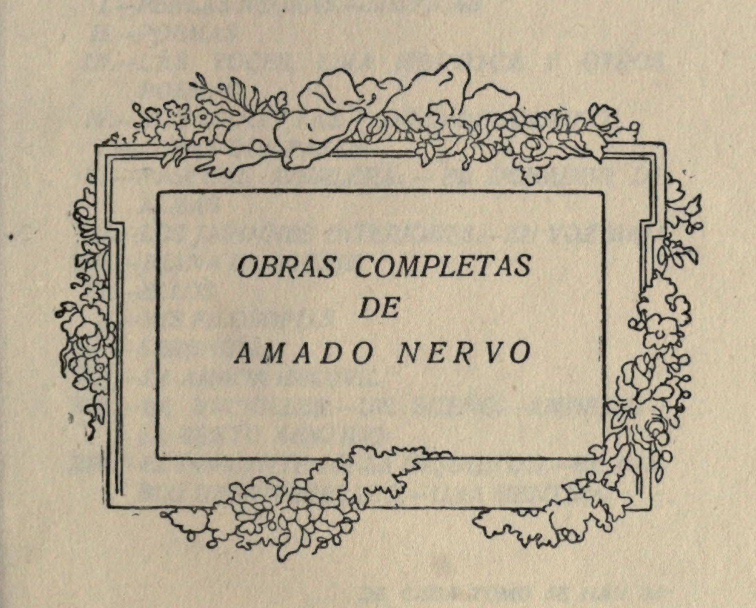

3 1761 04944954 9

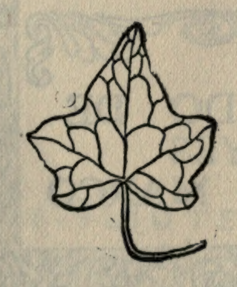




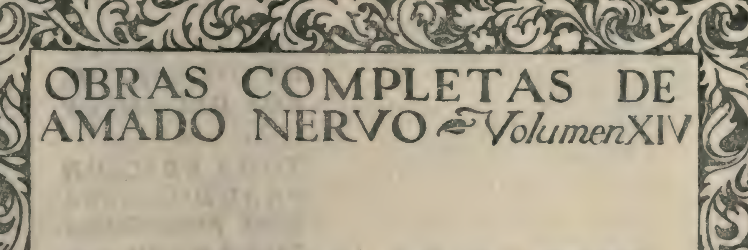

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO




Marco
TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — Volumen XIV

EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD

EL DIABLO DESINTERESADO — UNA MENTIRA



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID




LIBRARY
JUN 1 1973
UNIVERSITY OF TORONTO



EL CAMINO DE AMADO NERVO

I

Cuando Amado Nervo murió, era ya completamente feliz. Había renunciado a casi todas las ambiciones que turban la serenidad del pobre y del rico. Como ya no era joven, había dominado esa ansia de perfeccionamiento continuo que es la melancolía secreta de la juventud. Como todavía no era viejo, aún no comenzaba a quedarse atrás, y gustaba de todas las sorpresas de los sucesos y los libros: aún amanecía, cotidianamente, con el sol. Estaba en esa edad usual que ya no se ve ni se distingue, cuando ya no duele el sentimiento del yo. Por eso había logrado también dos grandes conquistas: divertirse mucho con sus propias ideas en las horas de soledad, y divertir mucho a los demás en los ratos

de conversación y compañía. Yo nunca lo vi en una reunión (sabed que este santo era también algo mundano); estoy seguro de que nunca se colocaba en el centro; pero, allá, en los rincones del diálogo, ¡qué manera de dominar, de hipnotizar y transportar a su interlocutor, como en una nube de espíritu! ¡Qué facilidad para trasladarnos—hablando—de la tierra a los cielos! Y todo con un secreteo de confesor, y con una decente voluptuosidad de hombre que promete milagros. Su mayor afán era descubrir el mejor camino entre la vida y la muerte. Su Angel de la Guarda tuvo que combatir y llorar. Hubo que sufrir una adolescencia de misas negras, una primera juventud llena de emociones saturnales. Un largo amor (¡corto!, dice él) vino a redimirlo, aquietándolo. Lo santificó una pérdida irreparable. El bien se abrió paso en su corazón. Un poco de sufrimiento diario—castigo aceptado por su alma católica—era un aviso de paciencia, un ejercicio de virtud. Y cuando al fin el poeta se puso en paz con la vida, ¿qué descubrió? Que estaba también en paz con la muerte.—Yo quisiera saber decir cómo lo vimos, sus amigos, adelantarse conscientemente al encuentro de la muerte, llevarse de la mano al sepulcro. ¡Y qué sabia y hasta qué oportuna su muerte! Oportuna, sí, a pesar de nuestras pobres lágrimas. ¿Qué hubiera hecho más sobre la tierra este hombre que

tan clara y admirablemente había ya aprendido a morir? Hizo abrir—dicen los testigos—las ventanas. Quiso ver la luz. Sonrió. (Nunca perdía él aquella cortesía suave de indio, aquella cortesía en que ponemos algunos el mejor orgullo de nuestro pueblo.) Y fué diciendo, explicando—sin sobresalto—cómo se sentía morir poco a poco, entrándole por los pies la muerte. Cuando la ola de sombra le colmó el pecho, él mismo se cuidó de cerrar los ojos, dió las gracias a los que lo habían atendido, y murió. Y fué su muerte, por la aceptación, por la sencillez, por lo dulcemente y bien que supo morir, un precioso ejemplo de la santidad de la razón.

II

Nadie como él para renunciar a las exterioridades ociosas. Por eso se fué volviendo interior, y, al paso, se fué volviendo casero. Y de casero, hacendoso. Y luego, de hacendoso, económico. Fué aquello como la transformación de su cara. ¿Qué se hicieron aquellas barbas bohemias, que también pudieron servir de barbas diplomáticas? Fué más inconfundible y auténtico cuando se afeitó: el color moreno, los rasgos arqueados, la nariz interrogativa, los ojos entre

magnéticos y burlones, la boca tan baja—tan baja que ya era mefistofélica—, un algo de pájaro, un algo de monje, un perfil de sombra chinesca, una gesticulación acentuada—congestionada, nunca—, todo parecía decir: *Amado Nervo.* Su cara, como su nombre, parecía un hallazgo y una invención hecha por él mismo. Y como desnudó su cara, su vida. Y su arte asimismo. ¡Si estuvo a punto de renunciar, a veces, al arte, con ese magisterio negativo de arte que sólo poseen los grandes poetas y los ignorantes creen alcanzar a fuerza de haraganería literaria! ¡Qué buen oficial de su oficio! Por eso—diríamos—a veces dejó caer la herramienta y forjó los versos con las manos, como el que—seguro de su elegancia—se atreve a comer un día con los dedos. Ultimamente—interior: casero: hacendoso: económico—ya no quería saber nada de literatura, ni menos de vida literaria; apenas salía para acompañar al cine a Margarita: esa última flor, esa *florecita* última de su vida: cuidaba sus tiestos y sus pájaros; o tal vez le daba los buenos días, de ventana a ventana, a su vecina Concepción, la muchacha de los brazos lindos; y finalmente, entre irónico y precavido, se ponía, para escribir sus versos, los manguitos de lustrina. En esto paraba el que pudo soñar de niño en el Kohinoor, en Heliogábalo y Sardanápalo. ¿Decadencia o triunfo? Triunfo, por-

que todo fué conquista de alegrías profundas. Triunfo, porque de la era de la pedrería y los joyeles—era en que su poesía vino al mundo—todos habíamos pasado a la sed de la sencillez y la íntima sinceridad; y he aquí que Amado, allá desde su casita, sin quererlo ni proponérselo, iba reflejando el ritmo de su tiempo y se ponía a compás con la vida (y con la muerte).

III

Pero renunciar es ir a Dios, aun cuando no se tenga el intento. Y más cuando hay, como para Nervo, una llama de religión comunicada en la infancia. (¡Su infancia del Neyarit! Sé de ella muy poco. Todo soy conjeturas y acaso adivinaciones. Creo verlo, descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo, que se le metían, naturalmente, hasta su casa. Pero de eso trataré después. Aquí sólo noto la curvatura esencial que el peso de la religión produjo en su mente, como el lastre del latín eclesiástico que se le quedó en el lenguaje.) En el retoñar de los veinte años, el mundo se vuelve alegorías y ornamentos. Y hasta las verdades más severas se visten de oropeles, y a veces se salpi-

can con la espuma roja de la locura. Las joyas de la iglesia le interesarían más al joven poeta que los mandamientos de la Iglesia, y pensaría tanto en la palidez de María de los Dolores como en la blancura coqueta de la monja. No importa, no importa. Jesucristo hace su guerra. Y, por entre zarzas ardientes de pasiones, al cabo se deja oir la voz sagrada. ¿Qué pedía a su amante ese niño pecador, sino—mezcladas con sangre sacrílega—todas las caricias de Safo, de Crisis, de Aspasia, de Magdalena y de Afrodita? Dejemos pasar algunos años. Ya la pasión irritable de los sentidos se ha vuelto verdadero amor. Una hija de Francia ha sabido cultivar al poeta. Y éste se acerca a aquella zona dorada de la vida en que la mujer es cuerpo y es alma, como lámpara con fuego interior. Entonces atrae sobre sí la cabeza que ha coronado de besos (la llama: «ufanía de mi hombro»; la llama; «lujo de mi corazón»), y ¿qué pide? «Ámame—le dice—ámame tú por la rubia y la morena.» Ya va dejando caer los oropeles. La rubia, la morena: estas realidades intensas de todos los días existen ya más, para él, que Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena y Afrodita juntas. Es un mismo verso en dos temperaturas, en dos afinaciones distintas. El verso, afinándose cada vez más, corre por toda su obra hasta el libro póstumo. Pocos años después, el poeta, viudo, no quiere ya nada de

los amores humanos: «Ni el amor de la rubia ni el de la morena», asegura. Y en fin—con uno de esos titubeos voluntarios del gusto que, en sus últimos versos, eran como su última voluptuosidad (una voluptuosidad maliciosa)—se enfrenta sencillamente con Dios y exclama: «Es más hermoso que la rubia y que la morena.» Convengo en que hay aquí más de «flirteo» religiosa que de verdadero misticismo. Pero eso es culpa del ejemplo escogido. La tentación de seguir las evoluciones de un tema lírico me ha llevado a este pasaje, y tengo que darle, provisionalmente, un valor mayor del que tiene. Por lo demás, harto sabido que la preocupación religiosa era todo el tema de las últimas inspiraciones de Nervo; todos saben que el fuego en que se consumía el amante fué haciendo brotar en él, lentamente, el fénix de los amores divinos.

IV

Y, sin embargo, su Dios aún tenía resabios de demiurgo. De divinidad mediadora entre cielo y tierra, y no puramente celeste. El amor de Dios era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia. Era el poeta de una espiritualidad ardorosa y

transparente, como la llama azul del alcohol; pero chisporroteaban en la llama, aunque exhaladas hacia arriba, algunas partículas de materia incandescente. No se conformó con el espíritu puro. No le bastaba creer en la inmortalidad del alma: quería, también, jugar a la inmortalidad del alma. Era religioso, pero era supersticioso. He dicho, tratando de su infancia: «Creo verlo, descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa.» A su testimonio me atengo: él vivía, de niño, en un viejo caserón desgarbado. En el patio crecían algunos árboles del trópico. Al rincón, el pozo de brocal agrietado y rechinante carril, donde vivía—cual un dios asiático—una tortuga. Los padres, los hermanos, la abuelita materna y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística, que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, «nevado de azahares». «Esta mi tía muy amada soñó una noche que se le aparecía cierto caballero de fines del siglo XVIII. Llevaba media de seda blanca, calzón y casaca bordados, espumosa corbata de encaje cayendo sobre la camisa de batista, y empolvada peluca.» El caballero le dijo que en un rincón de la sala estaba escondido un tesoro: un gran cofre de peluconas. La tía, «que soñaba poco en las cosas del mundo,

porque le faltaba tiempo para soñar en las del cielo», refirió el caso, muy preocupada, a la abuelita. La abuelita, como toda la gente de su tiempo, creía en los tesoros enterrados. «Había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era alcalde.—Más tarde, asistió a la jura del emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.» En aquel tiempo, los «entierros» eran cosa corriente. «Los españoles, perseguidos o no, reputaban como el mejor escondite la tierra silenciosa, que sabe guardar todos los secretos. No pasaba año sin que se cuchicheara de esta o de aquella familia que había encontrado un herrumbroso cofre repleto de onzas.» Los detalles del hallazgo eran siempre iguales: a poco de remover la tierra con la barreta, se oye un estruendo. Si tenéis ánimo para seguir cavando, dais con «el» esqueleto. (El esqueleto—se entiende—del desdichado cavador, a quien se daba muerte para que no revelara el lugar del escondite. Según la magnitud del hoyo y del cofre, podía haber más de un esqueleto.) Finalmente, dais con el cofre. Abrirlo «cuesta un trabajo endemoniado». «Pesa horriblemente.» Siempre, donde había un tesoro, había un alma en pena. El fantas-

ma se aparecía por la noche, rondando el sitio. Se le hablaba siempre en estos términos: «—De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra.» «—Soy de la otra»—respondía siempre el fantasma. Y ya se podía entrar con él en explicaciones. La abuela—sabia de estas noticias—hizo traer unas varitas mágicas (varitas de acebo, con regatón de hierro, cortadas la noche del Viernes Santo), y las varitas señalaron el mismo sitio que el caballero del sueño. La abuela quiso mandar tumbar la pared y abrir un hoyo. El padre de Amado Nervo se opuso. «Hemos perdido un tesoro»—suspiraba la abuelita. Y Amado Nervo creyó siempre que su abuelita tenía razón. ¡Con que de tan antigno aprendió Nervo a confundir las cosas «de esta vida y de la otra»! ¡Desde tan temprano, junto a la idea del alma inmortal, se prendió a su espíritu la idea de que el alma es algo terreno, asible para las manos del hombre!

V

Esta religión impura declina fácilmente hacia el espiritismo y la magia. La ciencia misma—esa parte liminar de la ciencia que ronda las fronteras de lo conocido—se mezcla entonces a la re-

ligión: a veces, la ciencia pretende sustituir a mediador del cielo y la tierra. Como aquél que pierde la costumbre de beber agua y destila el agua de los otros alimentos que absorbe, Nervo busca la emoción religiosa a través del espiritismo y la magia. Asiste a las sesiones en que se hace hablar a los muertos por boca del medium, y medita largamente en ello—como Maeterlinck—. De la filosofía escoge, para su rumia personal, las teorías pitagóricas sobre la transmigración y las múltiples vidas: todo lo que sirva para jugar a la inmortalidad del alma. De Nietzsche le atrae el «retorno eterno». De Bergson, las demostraciones, *coram populo,* sobre la perennidad de nuestro ser. También se dedica a la astronomía.—Yo sé bien que la emoción de lo interplanetario, del espacio infinito, de las magnitudes estelares, de lo colosal diminuto, de la danza de gravitaciones, el fuego inextinguible y la música de las esferas es equivalente de la emoción religiosa elemental. En cierta Sociedad Astronómica mexicana, recuerdo haber oído a un honrado vecino del Cuadrante de San Sebastián—astrónomo él—, tras de haber hecho desfilar ante el telescopio a un grupo de gente del pueblo, esta deliciosa pregunta: «Y ahora que ya sabéis que todos esos mundos se mantienen entre sí por la gravitación universal, ¿qué falta os hace la idea de Dios?» Lo que éste tomaba

por lo ateo, otros lo toman a lo piadoso. Ya se han burlado la crítica propia y la extraña de cierto poeta nuestro—Manuel Carpio – para quien la grandeza de Dios consiste en acumular mundos y mundos («globos», solía él decir) en la inmensidad del espacio. Pues bien: Nervo, de una manera mucho más delicada—como que nunca le faltaba su recóndito dulzor de humorismo—pedía también a la contemplación de los astros cierta sensación de grandiosidad y absoluto. Desde su ventana, que daba al Palacio Real, apostaba todas las noches el anteojo astronómico.—Y en general, le gustaba cultivar la ciencia curiosa, prosaica afición que ha dejado muchos resabios en sus libros de prosa y verso. Y es porque la ciencia curiosa—o magia moderna—también trata de evocar a los muertos. Es porque la ciencia curiosa está, como Nervo, por la varita de virtud de la abuela. «Las varitas mágicas—escribe—eran simplemente varitas *imantadas*, que ahora están en pleno favor en Europa. Los ingenieros las usan para descubrir manantiales, corrientes subterráneas y, con especialidad, *yacimientos metálicos.*»—Tales eran los juguetes de Nervo, tan parecidos a sus preocupaciones profundas. Y entre todas sus curiosidades domésticas, encontramos un librito pequeño, que era, en parte, un breviario, y en parte, un relicario de snob: *La Imitación de Cristo.*

VI

Como quiera, este vivir en continuo trato con espíritus y reencarnaciones, con el más allá, con lo invisible, con el infra-rojo y el ultra-violeta, aligera el alma y comunica a los hombres un aire de misterio. Nervo andaba por esas calles de Madrid como un testimonio vívido de lo inefable, de lo no conocido. A fuerza de buscar lo sobrenatural sin hallarlo nunca, se resignó—como suelen los apóstoles del milagro—a reconocer que todo es sobrenatural. Hay, entre sus recuerdos dispersos, una página reveladora:

«El Desierto de los Leones es uno de los sitios más hermosos de la República mexicana. Imaginaos, liminando el admirable valle de México, un monte ensilvecido a maravilla de pinos y cedros, arado por profundos barrancos, en cuyo fondo se retuercen diáfanas linfas, oliente todo a virginidad, a frescura, a gomas; y en una de sus eminencias, que forma amplia meseta, las ruinas de un convento de franciscanos, de los primeros que se alzaron después de la Conquista.»

Es un lugar de excursiones para los habitantes de la ciudad de México. ¿Quién de nosotros no recuerda—en los días de la Escuela Prepa-

ratoria—algún paseo a pie o a caballo o en burro al Desierto de los Leones? Se toma el tranvía de Tacubaya, y luego aquel encantador caminito de Santa Fe, donde el tranvía serpentea entre colinas y parece que no llega nunca a su término: un tranvía inacabable como la jugarreta folkórica que todos sabemos:

Salí de México un día,
camino de Sanfa Fe,
y en el camino encontré
un letrero que decía:

«Salí de México un día,
camino de Santa Fe,
y en el camino encontré
un letrero que decía: ...»

(Da capo, eternamente *da capo.)*

Y ya, de Santa Fe arriba, todo es andar por el bosque maravilloso.—Un día, en un ocio de Semana Santa, Amado Nervo fué de excursión al Desierto de los Leones... Esta excursión es todo un momento de la literatura mexicana. Iban con él Justo Sierra, maestro de tres generaciones; el escultor Contreras; Jesús Urueta, nuestro incomparable prosista, a quien, con cierta sal de humanismo, los mexicanos acostumbran llamar «El divino Urueta»; Luis Urbina, poeta de romanticismo sereno; Valenzuela, gran corazón, y

poeta, más que en los versos, en la vida. En cuanto al héroe de esta historia, Nervo ha preferido no nombrarlo, y lo alude así: «el más culto quizá, el de percepción más aristocrática y fina entre los poetas nuevos de México.» Cayó la tarde y hacía frío. Mientras los peones preparaban la cena, todos se agruparon en torno al fuego. Con la complicidad del silencio y de la luna, se contaron, naturalmente, historias de aparecidos. Saltaba la llama; había como un deleitoso vaho de miedo... Y alguien, de pronto, dirigiéndose a Justo Sierra:

—¡Señor: allá abajo, entre los árboles, hay una sombra!

A la luna, en una explanada, entre pinos, paseaba, casi flotaba, un fraile resucitado, la capucha calada, y hundidas las manos en las mangas.

Entonces, aquel poeta aristocrático y fino a quien Nervo no ha querido nombrar, echó a correr en persecución del fantasma; lo acosó, le cortó el paso, lo cogió por los hábitos. El espectro resultó ser Urueta, que, de acuerdo con Contreras—esta vez escultor de espectros—, había querido dar una broma a sus amigos.

—¡Suéltame ya, me haces daño!—gritaba Urueta. Pero el otro lo tenía cogido por el brazo, le hundía las uñas en la carne rabiosamente, lo sacudía con furia. Al fin, cuando fué posible desasirlo, exclamó:

—¡Haber corrido locamente, toda mi vida, en pos de lo sobrenatural, y ahora que ¡por fin! creía tocarlo con mis propias manos, encontrarme con este «divino embaucador»! (1).

VII

Y renunció. Se resignó a lo sobrenatural cotidiano y a lo cotidiano poético. Por aquí logró una sinceridad tan rara, que ya sus amigos no acertábamos a juzgar sus últimos libros como cosa de literatura, como obra aparte del autor. Para otra vez quiero dejar los análisis minuciosos; pero me parece, así de pronto, que esta evolución se percibe entre 1905 y 1909, entre *Los Jardines Interiores* y *En Voz Baja.* Cinco años después *(Serenidad)* el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia:

> ... un amor tiránico, fatal, exclusivo, imperioso,
> ¡que ya para siempre
> con timbre de acero mi vida selló!

Diez años lo acompañó este amor por la vida.

---

(1) El héroe de esta aventura es, realmente, nuestro poeta Balbino Dávalos. Pero ¿no pudo ser el mismo Nervo?

Cuando se quedó solo, ya sólo sabia pensar en Dios:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
es todo lo que puedo ya ofrecerte.
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor... Me lo robó la muerte,
¡y no me queda más que mi dolor!
Acéptalo, Señor,
¡es todo lo que puedo ya ofrecerte!

Pero la simplificación tenía algo de apagamiento. Y la sinceridad, en el sentido moral de la palabra, no es necesariamente una condición positiva del arte. Me atreví a opinar, desde la *Revista de América* de París, que Nervo iba caminando hacia el mutismo. «Tiene usted razón — me escribió él—. Voy hacia el silencio.» (2).

Y ¡qué injusto cuando juzgaba su obra pasada! Copio esta página de su *Juana de Asbaje*, donde está realmente como escondida, y me dispenso de todo comentario:

«Cuando, en mis mocedades, solía tomar suavemente el pelo a algunos de mis lectores, escribiendo *malarmeísmos* que nadie entendía, sobró quien me llamara maestro; y tuve cenáculo, y diz que fuí jefe de escuela, y llevé halcón en el puño y lises en el escudo... Mas ahora que,

(1) De hoy más, sea el silencio mi mejor poesía.

Elevación.

según Rubén Darío, he llegado «a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético: a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos»; ahora que no pongo «toda la tienda sobre el mostrador» en cada uno de mis artículos; ahora que me espanta el estilo gerundiano, que me asusta el rastacuerismo de los adjetivos vistosos, de la logomaquia de cacatúa, de la palabrería inútil; ahora que busco el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no detona; ahora que sé decir lo que quiero y como lo quiero; que no me empujan las palabras, sino que me enseñoreo de ellas; ahora, en fin, que dejo *escuro el borrador y el verso claro*, y llamo al pan, pan, y me entiende todo el mundo, seguro estoy de que alguno ha de llamarme chabacano... Francamente, estoy fatigado del alpinismo; y ya que, según el amable Darío, llegué a la deseada antiplanicie, aquí me planto, exclamando, como el francés famoso: *J' y suis, j' y reste.*»

VIII

Por todo el camino me fué escribiendo: «Yo no me despido de usted—me decía—, usted y yo estamos siempre en comunicación mental.»

Y recordaba nuestras charlas de París, andando por las calles nubladas; nuestras tardes plácidas de Madrid, en el café de la «Call' Calá», como él decía. Y en el límite de los recuerdos comunes, las primeras palabras que nos cruzamos por los corredores de la Escuela Preparatoria—él profesor, yo discípulo—seguros ya ambos de la sólida amistad que había de unirnos.

De pronto, dejó de escribirme... Tenía esperanzas de volver a Madrid. Había dejado, calle de Bailén, su casa puesta. La mañana aquélla, los porteros se presentaron, llorando, en la Legación de México.

Y yo no me resigno a pensar que aquella fábrica delicada se ha deshecho. Y con un vago temor, que parece inspirado en los miedecillos sobrenaturales que él gustaba de padecer, me pregunto si, mientras escribo, estará acechándome, inclinado sobre mi hombro, el pobre poeta. Ahora lo veo: también yo trato de evocar a los muertos. Y me complazco en que Ruiz Castillo haya querido reunir estas novelitas cortas en un volumen; porque, como dice él con razón, aunque no sean lo mejor de Nervo, estas novelitas nos dan el Nervo de las conversaciones, el Nervo de la «Call' Calá» que todos recuerdan.

¡Hijo exquisito de mi raza, amigo querido! Quería ungir de suavidad, de dulzura, el mundo. En una carta me propone toda una doctrina de

la cortesía trascendental, que él asociaba al recuerdo de la patria: «¿No ve usted—me dice—que hasta nuestra propia tierra es cortés en la abundancia y variedad de sus dones? Yo conozco raíces como la *charahuesca* michoacana, y flores como una especie del floripondio, exclusivamente destinadas por aquella naturaleza a dar de beber al caminante sediento...»

ALFONSO REYES.

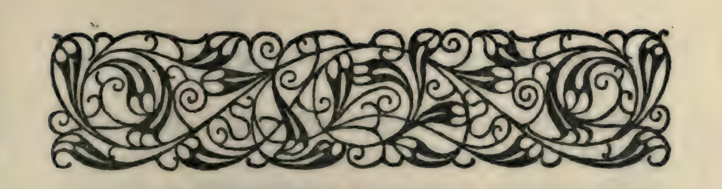




I

EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD





AMIGO, yo ya estoy viejo. Tengo una hermosa barba blanca, que sienta admirablemente a mi cabeza apostólica; una cabellera tan blanca como mi barba, ligeramente ensortijada; una nariz noble, de perfil aguileño; una boca de labios gruesos y golosos, que gustó los frutos mejores de la vida...

Amigo, soy fuerte aún. Mis manos sarmentosas podrían estrangular leones.

Estoy en paz con el Destino, porque me han amado mucho. Se les perdonarán muchas cosas a muchas mujeres, porque me han amado en demasía.

He sufrido, claro; pero sin los dolores ¿valdría la pena vivir?

Un humorista inglés ha dicho que la vida se-

ría soportable... sin los placeres. Yo añado que sin los dolores sería insoportable.

Sí, estoy en paz con la vida. Amo la vida.

Como Diderot, sufriría con gusto diez mil años las penas del infierno, con tal de renacer. La vida es una aventura maravillosa. Comprendo que los espíritus que pueblan el aire ronden la tierra deseando encarnar.

—No escarmientan, dirán.

—No, no escarmientan. Las hijas de los hombres los seducen, desde los tiempos misteriosos de que habla el Génesis; una serpiente invisible les cuchichea: «¿Quieres empezar de nuevo?»

Y ellos responden al segundo, al tercero, al décimo requerimiento: «¡Sí!»..., y cometen el pecado de vivir:

porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Yo, amigo, seré como ellos. Ya estoy viejo, moriré pronto..., ¡pero la vida me tienta! La vida prometedora no me ha dado aún todo lo suyo. Sé yo que sus senos altivos guardan infinitas mieles... Sólo que la nodriza es avara y las va dando gota a gota. Se necesitan muchas vidas para exprimir algo de provecho. Yo volveré, pues, volveré... Pero ahora, amigo, no es tiempo de pensar en ello. Ahora es tiempo de pensar en el pasado. Conviene repasar una vida

antes de dejarla. Yo estoy repasando la mía y, en vez de escribir memorias, me gusta desgranarlas en narraciones e historias breves. ¿Quieres que te cuente una de esas historias?

—Sí, con tal de que en ella figure una hermosa mujer.

—En todas mis historias hay hermosa mujeres. Mi vida está llena de dulces fantasmas. Pero este fantasma de la historia que te voy a contar, mejor dicho, de la confidencia que te voy a hacer, es el más bello.

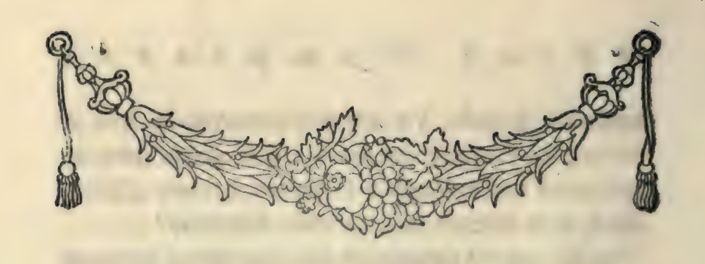
—¿Qué nombre tenía entre los humanos?

—Se llamaba Ana María...

—Hermoso nombre.

—Muy hermoso... Oye, pues, amigo, la historia de Ana María.





I

QUE dónde la conocí?

Verás: fué en América, en Nueva York. ¿Has ido a Nueva York? Es una ciudad monstruosa; pero muy bella. Bella sin estética, con un género de belleza que pocos hombres pueden comprender.

Iba yo bobeando hasta donde se puede bobear en esa nerviosa metrópoli, en que la actividad humana parece un niágara; iba yo bobeando y divagando por la octava Avenida. Miraba..., ¡oh vulgaridad!, calzado, calzado por todas partes, en casi todos los almacenes; ese calzado sin gracia, pero lleno de fortaleza, que ya conoces, amigo, y con el que los yanquis posan enérgica y decididamente el pie en el camino de la existencia.

Detúveme ante uno de los escaparates innumerables, y un par de botas más feas, más chatas, más desmesuradas y estrafalarias que las vistas hasta entonces, me trajeron a los labios esta exclamación:

—¡Parece mentira!...

¿Parece mentira qué?, dirás.

No sé; yo sólo dije: ¡Parece mentira!

Y entonces, amigo, advertí, —escúchame bien,— advertí que muy cerca, viendo el escaparate contiguo (dedicado a las botas y zapatos de señora) estaba una mujer, alta, morena, pálida, interesantísima, de ojos profundos y cabellera negra. Y esa mujer, al oir mi exclamación, sonrió...

Yo, al ver su sonrisa, comprendí, naturalmente, que hablaba español: su tipo, además, lo decía bien a las claras (a las obscuras más bien, por su cabello de ébano y sus ojos tan negros que no parecía sino que llevaban luto por los corazones asesinados, y que los enlutaba todavia más aún el remordimiento).

—¿Es usted española, señora?—la pregunté.

No contestó; pero seguía sonriendo.

—Comprendo—añadí—que no tengo derecho para interrogarla..., pero ha sonreído usted de una manera... Es usted española, ¿verdad?

Y me respondió con la voz más bella del mundo:

—Sí, señor.

—¿Andaluza?

Me miró sin contestar, con un poquito de ironía en los ojos profundos.

Aquella mirada parecía decir:

—¡Vaya un preguntón!

Se disponía a seguir su camino. Pero yo no he sido nunca de esos hombres indecisos que dejan irse, quizá para siempre, a una mujer hermosa. (Además: ¿no me empujaba hacia ella mi destino?)

—Perdone usted mi insistencia—la dije—; pero llevo más de un mes en Nueva York, me aburro como una ostra (doctos autores afirman que las ostras se aburren, ¡ellos sabrán por qué!). No he hablado, desde que llegué, una sola vez español. Sería en usted una falta de caridad negarme la ocasión de hablarlo ahora... Permítame, pues, que con todos los respetos y consideraciones debidas, y sin que esto envuelva la menor ofensa para usted, la invite a tomar un refresco, un *ice cream soda*, o, si a usted le parece mejor, una taza de te...

No respondió, y echó a andar lo más de prisa que pudo; pero yo apreté el paso y empecé a esgrimir toda la elocuencia de que era capaz. Al fin, después de unos cien metros de «recorrido» a gran velocidad, noté que alguna frase mía, más afortunada que las otras, lograba abrir bre-

cha en su curiosidad. Insistí, empleando afiladas sutilezas dialécticas, y ella aflojó aún el paso... Una palabra oportuna la hizo reir... La partida estaba ganada... Por fin, con una gracia infinita, me dijo:

—No sé qué hacer: si le respondo a usted que no, va a creerme una mujer sin caridad; y si le respondo que sí, ¡va a creerme una mujer liviana!

Le recordé en seguida la redondilla de sor Juana Inés:

Opinión ninguna gana;
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y, si os admite, es liviana...

—¡Eso es, eso es! —exclamó—. ¡Qué bien dicho!

—Le prometo a usted que me limitaré a creer que sólo es usted caritativa, es decir, santa, porque, como dice el catecismo del padre Ripalda, el mayor y más santo para Dios es *el que tiene mayor caridad, sea quien fuere...*

—En ese caso, acepto una taza de te.

Y buscamos, amigo, un rinconcito en una pastelería elegante.



II

OCHO días después nos habíamos ya encontrado siete veces (¡siete veces, amigo: el número por excelencia, el que, según el divino Valles no produce ni es producido; el rey de los impares, gratos a los dioses!); y, en cierta tarde de un día de mayo, a las seis, iniciada ya una amistad honesta, delicada, charlábamos en un frondoso rincón del Central Park.

En ocho días se habla de muchas cosas.

Yo tenía treinta y cinco años y había amado ya por lo menos cuarenta veces, con lo cual dicho está que había ganado *cinco años*, al revés de cierto famoso avaro, el cual murió a los ochenta y tantos, harto de despellejar al prójimo, y es voz pública que decía: «Tengo ochenta y dos años y sólo ochenta millones de francos; he perdido, pues, dos años de mi vida.»

Aquella mujer tendría, a lo sumo, veinticinco. A estas edades el dúo de amor empieza blando, ento, reflexivo; es una melodía tenue, acompasada; un *andante maestoso*...

Estábamos ya, después de aquella semana, en el capítulo de las confidencias.

—Mi vida—decíame ella—no tiene nada de particular. Soy hija de un escultor español que se estableció en los Estados Unidos hace algunos años, y murió aquí. Me casé muy joven. Enviudé hace cuatro años; no tuve hijos, desgraciadamente. Poseo un modesto patrimonio, lo suficiente para vivir sin trabajar... o trabajando en lo que me plazca. Leo mucho. Soy... relativamente feliz. Un poquito melancólica...

—¿No dijo Víctor Hugo que la melancolía es el placer de estar triste?

—Eso es—asintió sonriendo.

—¿De suerte que no hay un misterio, un solo misterio en su vida? Creo que sí, porque nunca he visto ojos que más denuncien un estado de ánimo doloroso y excepcional.

—¡Qué vida no tiene un misterio!—me preguntó a su vez... misteriosamente—. Pero ¿es usted, por desgracia, poeta, o por ventura, que «a serlo forzosamente había de ser por ventura», como dice el paje de *La Gitanilla*?

—Ni por ventura, ni por desgracia; pero me parece imposible que unos ojos tan negros, tan

profundos y tan extraños como los de usted, no recaten algún enigma.

—¡Uno esconden!

—¡Eureka! Ya lo decía yo...

—Uno esconden, y es tal que más vale no saberlo; quien me ame será la víctima de ese enigma.

—¿Pues?

—Sí, óigalo usted bien para que no se le ocurra amarme: yo estaré obligada por un destino oculto, que no puedo contrarrestar, a irme de Nueva York un día para siempre, dejándolo todo.

—¿Adónde?

—A un convento.

—¿A un convento?

—Sí, es una promesa, un deber..., una determinación irrevocable.

—¿A un convento de España?

—A un convento de... no sé dónde.

—Y ¿cuándo se irá usted?

—No puedo revelarlo. Pero llegará un día, debe llegar forzosamente un día en que yo me vaya. Y me he de ir repentinamente, rompiendo todos los lazos que me liguen a la tierra... Nadie..., nada, óigalo usted bien, podrá detenerme; ni siquiera mi voluntad, porque *hay otra voluntad* más fuerte que ella, que la ha hecho su esclava.

—¿Otra voluntad?

—¡Sí, otra voluntad invisible!... (1). Escaparé, pues, una noche de mi casa, de mi hogar. Si amo a un hombre, me arrancaré de sus brazos; si tengo fortuna, la volveré la espalda, y, calladamente, me perderé en el misterio de lo desconocido.

—Pero, ¿y si yo la amara a usted, si yo la adorara, si yo consagrara mi vida a idolatrarla?

—Haría lo mismo: una noche usted se acostaría a mi lado, y por la mañana encontraría la mitad del lecho vacía... ¡vacía para siempre!... ¡Ya ve usted—añadió sonriendo—que no soy mujer a quien debe amarse!

—Al contrario, es usted una mujer a quien no se debe dejar de amar.

—¡Allá usted! No crea que esto que le digo es un artificio para encender su imaginación. Es una verdad leal y sincera. Nada podrá detenerme.

—¡Que sabe usted!—exclamé—, ¡qué sabe usted si una fuerza podría detenerla: el amor, por ejemplo! ¡Si el destino para castigarle hace que enloquezca usted de amor por otro hombre!...

—Es posible que yo enloquezca de amor (ya

(1) Y si, lector, dijeres que todas las voluntades son «invisibles», te diré que no: que el hombre, el mundo, el universo, no son—según ciertos filósofos—más que la visibilidad de la voluntad.

que los pobres mortales siempre estamos en peligro de enloquecer de algo); pero aun cuando tuviese que arrancarme el corazón, me iría.

—¿Y si yo me jurase a mi vez amarla y hacerla que me amase, de tal modo que faltara usted a su promesa?

—Juraría usted en vano.

—¡Me provoca usted a intentarlo!

—¡Ay de mí! Yo no; yo le ruego, le suplico, al contrario, que no lo intente...

—¿Cómo se llama usted? Creo que ocho dias de amistad me dan el derecho de preguntarla su nombre.

—Ana María.

—Pues bien, ¡Ana María: yo la amaré como nadie la ha amado: usted me amará como a nadie ha amado, porque lo mereceré a fuerza de solicitud incomparable, de ternura infinita!

—Es posible, pero aun así, desapareceré; ¡desapareceré irrevocablemente!



III

NUESTRO idilio siguió su curso apacible y un poco eglógico bajo las frondas, y un mes después de lo relatado, en otra tarde tan bella como la que con sus luces tenues acarició nuestras primeras confidencias, yo me presenté a Ana María de levita y sombrero de copa.

—¿De donde viene usted tan elegante?—me preguntó.

—De casa: no he visto a nadie; no he hecho visita ninguna.

—¿Entonces?

—Vengo con esta indumentaria, relativamente ceremoniosa, porque voy a realizar un acto solemne...

—¡Jesús! ¡Me asusta usted!

—No hay motivo.

—¿Va usted a matarse?

—Algo más solemne aún. Moratín coloca las resoluciones extremas en este orden: 1.ª, meterse a traductor; 2.ª, suicidase; 3.ª, casarse: yo he adoptado la más grave, la tercera resolución.

—¡Qué atrocidad! ¿Y con quién va usted a casarse?

—Con usted: vengo a pedirla su mano, y por eso me he vestido como para una solemnidad vespertina.

—¡Qué horror! ¿Pero habla usted en serio?

—¡Absolutamente!

—Ya voy creyendo que no es usted tan cuerdo como lo asegura.

—¿Por qué?

—Hombre, porque casarse con una mujer desconocida, con una extranjera a quien acaba usted de encontrar, de quien no sabe más que lo que ella ha querido contarle, me parece infantil, por no decir otra cosa...

—¿Por no decir tonto? Suelte usted la palabra. ¿Hay acaso matrimonio que no sea una tontería?

—A menos—añadió ella sin hacer hincapié en mi frase—que me conozca usted por referencias secretas; que se haya valido de la policía privada, de un detective ladino, y haya usted obtenido datos tranquilizadores... Por lo demás, en los Estados Unidos casarse es asunto de poca monta. ¡Se divorcia uno tan fácilmente! ¡Con

hacer un viaje a Dakota del Norte... o del Sur, todo está arreglado en unas cuantas semanas!

—Yo estoy dispuesto, señora, a casarme con usted a la española: en una iglesia católica, con velaciones, música de Mendelsohn o Wagner, padrinos, testigos, fotografía al magnesio, etc. etc.

—¡Qué ocurrente!

—He dicho que vengo a pedirla su mano, esa incomparable mano, que parece dibujada por Holbein en su retrato de la duquesa de Milán, o por Van Dyck...

—¿Quiere usted que hablemos de otra cosa?

—¡Quiero que hablemos de esto y nada más que de esto!

—Pero....

—No hay pero que valga, señora: supongamos que lo que voy a hacer es una simpleza; lo diré más rudamente aún y con perdón de usted: una primada. ¿No tengo el derecho a los treinta y cinco años, soltero, rico, libre, de correr mi aventura, tonta o divertida, audaz o vulgar?

—Usted tiene ese derecho; pero yo tengo el mío de rehusar.

—¿Y porqué?

—Porque lo que le insinué la otra tarde es una verdad; porque en determinada hora de mi vida debo irremisiblemente romper los lazos que me unen a la tierra, quebrantar los apegos todos, hasta el último..., y desaparecer.

—¡Quién sabe si usted, señora, es la que no está cuerda, y el amor, la locura... o la cordura por excelencia, va a sanarla! «Si quieres salvar a una mujer, ha dicho Zaratustra, hazla madre.» Usted no ha sido madre. Una madre no se va a un convento dejando a su hijo.

—Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal se fué, pasando por sobre el cuerpo de su hijo Celso Benigno, quien, para impedírselo, se había tendido en el umbral de la puerta.

—Tiene usted cierta erudición piadosa.

—Piadosamente me educaron.

—Piadosa quiero yo que sea mi mujer.

—Vuelve usted a las andadas.

—¿No la he dicho que vengo a pedirla su mano? Ana María—añadí, y, a mi pesar, en mi voz sonaba ya el metal de la emoción—Ana María, aunque parezca mentira, yo la quiero a usted más de lo quisiera quererla... Ana María, sea usted mi mujer...

—*By and by!*—me respondió con una sonrisa adorable.

—Sea usted mi mujer... vamos, ¡responda! ¡Se lo suplico! Necesito saberlo ahora mismo.

—¿Aun cuando un día me vaya y le abandone?

—¡Aunque!

—Mire usted que ese «aunque» es muy grave...

—¡Aunque!

—¡Pues bien, sea!

Y aquella tarde ambos volvimos del brazo, pensativos y afectuosos, por las febriles calles de la Cartago moderna, a tiempo que los edificios desmesurados se iluminaban fantásticamente.







IV

UNA mañana que, comprenderás, amigo, debió ser necesariamente luminosa, cumplidas todas las formalidades del caso, celebramos Ana María y yo nuestro matrimonio.

Hicimos después registrar el acta en nuestros respectivos consulados, y santas pascuas.

Un espléndido tren, uno de esos vastos y confortables trenes de la *New-York Central and Hudson River*, nos llevó a Buffalo—ciudad que siempre me ha sido infinitamente simpática—, y de allí nos fuimos en tranvía eléctrico al Niágara.

Queríamos pasar nuestros primeros días de casados al borde de las Cataratas, haciendo viajes breves a las simpáticas aldeas vecinas del Canadá.

Parecíame que el perenne estruendo de las aguas había de aislar nuestras almas, cerrando

nuestros oídos a todo rumor que no fuese su monótono y divino rumor milenario.

Parecíame que el perpetuo caer de su linfa portentosa habría de sumirnos en el éxtasis propicio a toda comunión de amor.

Y así fué.

A veces, forrados de impermeables obscuros, excursionábamos Ana María y yo, acompañados de un guía silencioso y discreto (¿y donde habéis encontrado esa perla de los guías?, preguntarás), excursionábamos, digo, «bajo las Cataratas». La móvil cortina líquida, toda vuelta espuma, nos segregaba del mundo. Un estruendo formidable nos envolvía, sumergiéndonos en una especie de éxtasis «monista». Millones de gotas de agua nos azotaban el rostro, y ella y yo, cogidos de la mano, ajenos a todo lo que no fuese aquel milagro, nos sentíamos en un mundo sin dimensiones ni tiempo, en el cual éramos dos gotas de agua cristalinas y conscientes, que se despeñaban, se despeñaban con delicia, sin cesar, en un abismo verde, color de tecalli mexicano, con florones de espumas fosforescentes.

Si yo fuera músico, te describiría, amigo, nuestra vida durante aquellos días prodigiosos. Sólo un Beethoven o un Mozart podrían hacerte comprender nuestros éxtasis. La palabra—ya lo sabemos—es de una impotencia ridícula para hablarnos de estas cosas *que no están en su*

plano. Más allá de ciertos estados del alma, apenas una sonata de Beethoven es capaz de expresiones coherentes y exactas.

Ana María me amaba con un amor sumiso, silencioso, de intensidad no soñada, pe.o sin sobresaltos. Eramos el uno del otro con toda la mansa plenitud de dos arroyos que se juntan en un río, y que caminan después copiando el mismo cielo, el propio paisaje.

Muchas mujeres, amigo, como te dije al principio, me hicieion el regalo de sus labios; pero ahora, cuando las veo desfilar como fantasmas por la zona de luz de mis recuerdos, advierto que ninguna de aquellas visiones tiene la gracia melancólica, la cadencia remota, el prestigio misterioso de Ana María.

Nunca, amigo, en ninguna actitud, alegre o triste, enferma o lozana, fué vulgar. Siempre hubo en sus movimientos, en sus gestos, en sus palabras musicales, un sortilegio celeste, y en la expresión general de su hermosura, esa *extrañeza de proporciones*, sin la cual, según el gran Edgardo, no hay belleza exquisita.

Tres encantos por excelencia, que a muy pocos embelesan porque no saben lo que son, había yo soñado siempre en una mujer:

El encanto en el andar, el encanto en el hablar y el encanto de los largos cabellos.

Una mujer que anda bien, que anda con un

ritmo suave y gallardo, es una delicia perpetua, amigo; verla ir y venir por la casa es una bendición.

Pues, ¡y la música de la voz! La voz que te acaricia hasta cuando en su timbre hay enojo, la voz que añade más música a la música eterna y siempre nueva de los *te quiero.*

En cuanto a los cabellos abundantes, que, en el sencillo aliño del tocado casero, caen en dos trenzas rubias o negras (las de Ana María eran de una negrura sedosa, incomparable), son, amigo, un don para las manos castas que lo acarician, como pocos dones de la tierra.

Puede un hombre quedar ciego para siempre, y, si su mujer posee estos tres encantos, seguirlos disfrutando con fruición inefable.

Oirá los pasos cadenciosos, ir y venir, familiarmente, por la casa.

En su oído alerta y aguzado por la ceguera, sonará la música habitual y deliciosa de la voz amada.

Y las manos sabias, expertas, que han adquirido la delicadeza de las antenas trémulas de los insectos, alisarán los cabellos de seda, que huelen a bosque virgen, a agua y a carne de mujer.

Pues, con ser tanto, no eran estas tres cosas las solas que volvían infinitamente amable a Ana María; toda su patria, toda Andalucía, con su

tristeza mora, recogida y religiosa, con su grave y delicado embeleso, estaba en ella. Y además ese no sé qué enigmático que hay en la faz de las mujeres que han peregrinado asaz por tierras lejanas.

Yo dije en alguna ocasión, hace muchos años: «Eres misteriosa como una ciudad vista de noche.»

¡Así era Ana María!





V

En cierta ocasión, después de un paseo ideal a la luz de la luna, que hacía de las cataratas un hervidero de ópalos, yo, cogiendo la diestra de Ana María y oprimiéndola amorosamente contra mi corozón, pregunté a mi amada:

—No te irás, ¿verdad? No te irás nunca... Es falso que un día al despertarme he de encontrar la mitad de mi lecho vacío...

¿Por qué hice aquella pregunta?

La idea fija, la horrible y fatal idea fija, que dormía en su espíritu, se despertó de pronto y se asomó a sus ojos.

Todo su rostro se demudó. Su frente se puso pälida y un sudor frío la emperló trágicamente.

Se estremeció con brusquedad; y acerçando su boca a mi oído, me dijo con voz gutural:

—¡Sí, me iré; será fuerza que me vaya!

—¡No me quieres, pues!

Y repegándose a mí, con ímpetu, respondió casi sollozando:

—Sí, te quiero, te quiero con toda mi alma. Y eres mejor de lo que yo creía; eres más bueno y más noble de lo que yo pensaba; ¡pero es fuerza que me vaya!

—¿Qué secreto es ése tan poderoso, Ana María, que te puede arrancar de mis brazos?

—Mi solo secreto: lo único que no te he dicho. Un día ¿lo recuerdas? la víspera de nuestro matrimonio te pedí que no me preguntases nada... ¡Y tú me lo prometiste!

—Es cierto... ¡No te preguntaré más!

Y los dos permanecimos silenciosos escuchando el estruendo lejano de las cataratas.

Después de algunos momentos de silencio, ella inquirió tímidamente:

—¿Me guardas rencor?

—No...

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—No, nunca.

—¿Estás triste?

—Sí, pero descuida: no te preguntaré más.

Reclinó su cabeza sobre mi hombro y dijo:

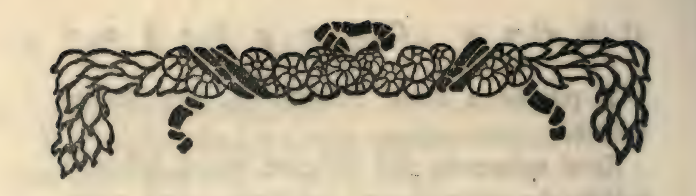
—¡Te quiero, te quiero! Lo sabes... Pero ¿es culpa mía si la vida ha puesto sobre mi alma el fardo de una promesa?

Y púsose a llorar dulcemente, muy dulcemente.

En el estruendo del Niágara, aquel delicado sollozo de mujer parecía perderse, como parecen perderse todas nuestras angustias, en el seno infinito del abismo indiferente.

Cuántas veces, mirando la noche estrellada, me he dicho: cada uno de esos soles gigantescos alumbra mundos, y de cada uno de esos mundos surge un enorme grito de dolor, el dolor inmenso de millones de humanos... Pero no lo oímos; la noche permanece radiante y silenciosa. ¿Adónde va ese dolor inconmensurable, en qué oreja invisible resuena, en qué corazón sin límites repercute, en qué alma divina se refugia? ¿Seguirá surgiendo así inútilmente y perdiéndose en el *abismo?*

Y una voz interior me ha respondido: «¡No, nada se pierde: ni el delicado sollozo de Ana María dejaba de vibrar en el éter, a pesar del ruido de las cataratas, ni un solo dolor de los mundos deja de resonar en el corazón del Padre!»



VI

Yo.—Te estoy leyendo en los ojos una ironía, amigo; paréceme como que dice: «¡Vaya un tonto de encargo y de remate! ¡Vaya un sentimental marido!... ¡Vaya uno más

> de la vieille boutique
> romantique!»

El amigo.—¡En efecto, eso pienso, y te lo mereces! ¡Ponerse triste, sentirse inquieto porque una mujer le dice a uno que un día se irá! ¡Cuántos solterones empedernidos se casarían si ellas les hiciesen esta dulce promesa!...

¿Quién, por otra parte, no se irá en este mundo? Tan pueril aprensión me recuerda a cierto monomaniaco, tonto de solemnidad, de mi pueblo natal. Había en mi pueblo una dama caritativa que se llamaba doña Julia, quien, harta al

fin de socorrer a aquel hombre, que se lo gastaba todo en vicios, un día le negó terminante e irrevocablemente su auxilio.

El monomaniaco se vengó, escribiendo en el panteón municipal, en la parte más visible del sepulcro de famila de la dama (muy ostentoso por cierto): «¡¡¡Doña Julia de X. *Morirá!!!*

Llegó a poco el día de difuntos, y la señora fué como de costumbre a ornar de flores el mausoleo familiar. Lo primero que hirió sus ojos fué el consabido letrero:

«¡¡¡Doña Julia de X. *Morirá!!!*»

Su emoción no tuvo límites. Ni el *Mané Thecel Phares* produjo igual consternación en el festín de Baltasar.

Llegó a su casa enferma y tuvo que encamarse. ¡Por poco se muere de aquel *Morirá!*

Afortunadamente supo el origen de la profecía y mandó llamar al semiloco, a quien le reprochó amargamente su acto.

—«Yo he dicho *Morirá*»—respondió el tonto...—, tontamente, como convenía a un simple; pero no he dicho cuándo... Si a la señora le parece—y me sigue dando socorros—, añadiré abajo del letrero: *lo más tarde posible.*»

Yo.—Ni el tonto era tan tonto, ni veo la paridad; pero, en fin, acepto tu ironía y la sufro pacientemente, amigo, recordándote sólo que esta historia pasó hace veinticinco años.

Te he dicho que estaba enamorado de Ana María para que encuentres naturales todas las apreciaciones, todos los temores, ya que estar enamorado es navegar por los mares de la inquietud. Y has de saber más: has de saber que, a medida que transcurrían los días, esta inquietud se iba acrecentando en mí de una manera alarmante.

Mi angustia era continua...; pero, si he de ser justo, mi deleite era, en cambio, desmesurado. Cada beso que robaba a aquella boca tenía el sabor intenso, la voluptuosidad infinita del último baso... ¡Cada palabra tierna podía ser la postrer palabra oída!

Pues ¡y mis noches! ¡Si tú supieras de qué deliciosa zozobra estaban llenas mis noches!

¡Cuántas veces me despertaba con sobresalto repentino, buscando a mi lado a Ana María! ¡Con qué alivio veíala y contemplábala durmiendo apaciblemente! ¡Con qué sensación de bienestar estrechaba su mano larga y fina, inerte sobre su cuerpo tibio!

A veces ella se despertaba también; comprendía, al sorprenderme despierto, mi drama interior; se replegaba contra mí, y me decía dulcemente: «¡No pienses en eso..., todavía no! ¡Duerme tranquilo!»

Una noche, el horror, la angustia, fueron terribles. Vivíamos ya en nuestra casa, en Sea Girt,

en New-Jersey, donde había yo alquilado una pequeña villa frente al mar. Hacía calor. Yo dormía con sueño ligero un poco nervioso. De pronto me desperté, y al extender la siniestra sentí que la mitad del lecho estaba vacío... Encendí la luz... Ana María no se hallaba a mi lado. Dí un grito y salté de la cama... Entonces; de la pieza inmediata, vino a mí su voz musical, llena de ternura:

—Aquí estoy, no te alarmes. No dormía y he salido a la ventana... Ven y verás el mar lleno de luna... Reina un silencio magnífico... Dan ganas de rezar... Las flores trascienden... Ven, pobrecito mío, a que te dé un beso (y me atraía dulcemente hacia el hueco de la ventana). Tuviste miedo ¿verdad? Pero no hay razón. Todavía no, todavía no...





VII

Un hijo! ¡Un hijo podía detenerla para que no se fuese, para que no dejase a mitad vacío mi lecho una noche, aquella espantosa noche que tenía que llegar! Un hijo, el amor infinito de un hijo remacharía el eslabón de la cadena.

Pero el destino se negó a traernos aquella alma nueva que apretase más nuestras almas, que fuese a modo de Espíritu Santo: relación dulcísima de amor entre dos seres que en él se adorasen.

Sí, el destino me negó ese bien; ha sido mi *fatum* ir al lado de las mujeres amadas sin ver jamás entre ellas y yo la cabeza rubia o morena de un ángel.

La soledad de dos en compañía ha tenido para conmigo todas sus crueldades... Pero me apresuraré a decirlo: si lamenté con Ana María

la ausencia angustiosa del que debiera venir, nunca sentí a su lado esa soledad de dos: sentí siempre la plenitud, y parecióme que, poseyéndola a ella, lograba yo dulcemente mi fin natural.

El amigo.—¡Ah! sin aquel temor, sin aquel sobresalto, que me hacen sonreir ahora que me los cuentas, amigo, quizá porque ya no veo sobre tu faz, arada por los lustros lentos, más que la sombra del dolor vencido ¡ah! sin aquel sobresalto, sin aquel temor, sólo un Dios pudiera lograr la máxima ventura por ti lograda en los brazos de Ana María, ¿no es esto?

Sólo un Dios, sí, ya que no más que ellos son capaces de gozar sin miedo, con la mansa confianza de la perennidad de su goce.

Yo.—Pero ¿vale la pena gozar así? «¡Bendita sea la juventud—dijo Lamartine en el prólogo de las poesías de Alfredo de Musset—, con tal de que no dure toda la vida!» La felicidad sin dolor que la contraste, es inconcebible... ¡Se necesita un poco de amargo para dar gusto al vermut!

Por eso yo nunca he podido imaginarme el paraíso, y acaso me lo imaginara si en él pudiese colocar un poco de nuestra inquietud, un *¡quién sabe!*, un solo *¡quién sabe!* tenue y vago: «Quién *sabe* si un día, en el curso mudo de las eternidades, esta contemplación beatífica cesará...»

El amigo.—¡Infeliz! ¡Querrías, pues, la inquietud eterna! Aquí, en esta misérrima vida, sólo el temor de perderlas da un precio a las cosas; pero allá no sucederá así; la beatitud será apacible: la conciencia de su perpetuidad no le restará nada al éxtasis, por una simplísima razón.

Yo.—¿Cuál?

El amigo.—Porque nunca contemplaremos el mismo espectáculo en la insondable hondura de Dios, y nos pasaremos las eternidades aprendiendo a cada instante algo nuevo en el *panorama místico* de la *conciencia divina...*

Yo.—Acaso estés en lo justo...; pero ya volveremos dentro de unos momentos a este sabroso tema de la inquietud, como claro obscuro de la dicha. Ahora prosigo mi relato.





VIII

El amor es más fuerte que todos los secretos.

Ana María me amaba demasiado para sellar despiadadamente su boca.

Un día mis besos reiterados de pasión y de súplica, rompieron el sigilo de sus labios.

—¿Por qué, por qué ha de ser preciso que te vayas?—le pregunté con más premura y más angustia que nunca.

—Es un secreto muy sencillo—me contestó... sencillamente.

Habrás notado, amigo, y si no lo has notado te lo haré notar, que para Ana María todo era muy sencillo en este mundo.

Las cosas más bellas, más hondas, más complejas que pasaban en el interior de su alma selecta, de su corazón exquisito, y que yo leía,

descubría (porque no era—aparte de su secreto—disimulada ni misteriosa), en cuanto se las hacía notar, que eran *muy sencillas*.

Por ejemplo: cuando dormía, sobre todo en las primeras horas de la noche, solía soñar en voz alta y sus palabras eran tan claras que podían percibirse distintamente. Entonces, me divertía en hablarla, intervenía, me mezclaba en su monólogo o diálogo, terciaba en su «conversación» interior, sin levantar la voz... Y ella conversaba conmigo, durmiendo; me introducía insensiblemente en su sueño. A veces la conversación se prolongaba por espacio de algunos minutos. Hablaba yo despierto y ella respondía, traspuesta o dormida del todo, siempre, naturalmente, que acertase yo a colarme por una rendija misteriosa, en el recinto de su visión.

Al despertarnos al día siguiente, referíala yo la escena, y ella, sonriendo, respondíame:

—Es muy sencillo: aun cuando esté dormida tu voz me llega «desde lejos» porque te quiero, y como la escucho, pues... te respondo.

«Es muy sencillo...»

Su secrcto, pues, era muy sencillo.

—¿Cuál?

—Te lo voy a revelar ya que te empeñas—me dijo al fin;—pero de antemano te repito que no esperes nada extraordinario; yo me casé muy joven con un hombre muy bueno, a quien ado-

raba, como que fué mi primer amor. Ese hombre, bastante mayor que yo, era muy celoso, infinitamente celoso. ¿Tú sabes lo que son los celos? Pues es muy «sencillo»: desconfías hasta de la sombra de tu sombra... Yo era incapaz de engañarle; pero precisamente por eso estaba celoso. Los celos no provienen nunca de la realidad.

—«¡Puesto que sois verdad ya no sois celos!» —la recordé yo.

—¡Eso es!... Muy celoso era, sí; y vivía perpetuamente atormentado. Anhelaba siempre complacerme. Iba yo vestida como una princesa (si es que las princesas van bien vestidas, que suelen no irlo). Mas cada nuevo atavío era para él ocasión de tormento.—«Qué bella estás—me decía—vas a gustar mucho.» Y una sonrisa amarga plegaba sus labios.

A medida que pasaban los años, el alma de aquel hombre se iba obscureciendo y encapotando. Y era una gran alma, te lo aseguro, una gran alma, pero enlobreguecida por la enfermedad infame... En vano extremaba yo mís solicitudes, mis ternuras, mis protestas, que no hacían más que aumentar su suspicacia. En la calle iba yo siempre con los ojos bajos o distraídos, sin osar clavarlos en ninguna parte. En casa, jamás recibía visitas. Todo inútil: los celos aumentaban, se volvían obsesores.

Aquel hombre enloquecía, enloquecía de amor, de un amor desconfiado, temeroso; del más genuino amor, ¡que es en suma el que tiene miedo de perder al bien amado!

Estaba enfermo de una neurastenia horrible. Cada día se levantaba más pálido, más sombrío.

¿Eran los celos un efecto de su enfermedad, según yo creo?

¿Era, por el contrario su enfermedad el resultado de sus celos? No lo sé, pero aquella vida admirable (admirable, sí, porque había en ella mil cosas excelentes) se iba extinguiendo.

Me convertí en enfermera. No salía más de casa. El, por su parte, se negaba a tomar un alimento que yo no le diera, a aceptar los servicios de esas expertísimas ayudantas americanas, que por cinco dólares diarios, cuidan «técnicamente» a los enfermos y saben más medicina que muchos médicos. Todo había de hacérselo yo.

¿Creerás, acaso, que para mí aquello era una prueba? Sí, era una gran prueba, mas no por los cambios bruscos de carácter del enfermo, no por mis desvelos, no por mi reclusión, no por mi faena de todos los minutos; era una gran prueba porque le amaba, le amaba con un amor inmenso ¡como se ama la primera vez!

Ni sus desconfianzas, ni su suspicacia me herían; no podían herirme, porque eran amor; no eran más que amor, un amor loco, insensato,

desapoderado, delirante, como deben ser los grandes amores.

Agonizó dos días, dos días de una torturante lucidez. Y una tarde, dos horas antes de morir, cuando empezaba la luz a atenuarse en la suavidad del crepúsculo y adquiría tonos místicos en la alcoba, él, con una gran ansia, con una ternura infinita, me cogió una mano, atrajo con su diestra mi cabeza y me dijo al oído:

—Voy a pedirte una gracia, una inmensa merced...

—Pídela, amor mío, pídela; ¿qué quieres?

—¡Júrame que si muero, te irás a un convento!

Yo tuve un instante de vacilación; él lo advirtió.

—¡Te irás cuando quieras!, cuando puedas..., pero antes de los treinta años; todavía joven, todavía bella. Te irás a ser únicamente mía, mía y de Dios; a orar por mí, que bien lo necesito; a pensar en mí; a quererme mucho... ¡Júramelo!

Y con todo el ímpetu, con toda la entereza de mi alma, de mi pobre alma romántica y enamorada, de mi sencilla y dulce alma andaluza, se lo juré.



IX

El *amigo* (burlón).—Esos juramentos que se hacen a los moribundos son la mejor garantía de todo lo contrario. ¿Te acuerdas de cierto cuentecito de Anatole France? Pues este delicioso y zumbón Anatolio, refiere que, en un cementerio japonés, sobre una tumba recién cerrada, un viajero vió a una mujercita nipona que, con el más coqueto de los abanicos, soplaba sobre la tierra húmeda aún.

—¿Qué rito es ése?—preguntó el viajero—. ¿Qué extraña ceremonia?

Y le fué explicado el caso.

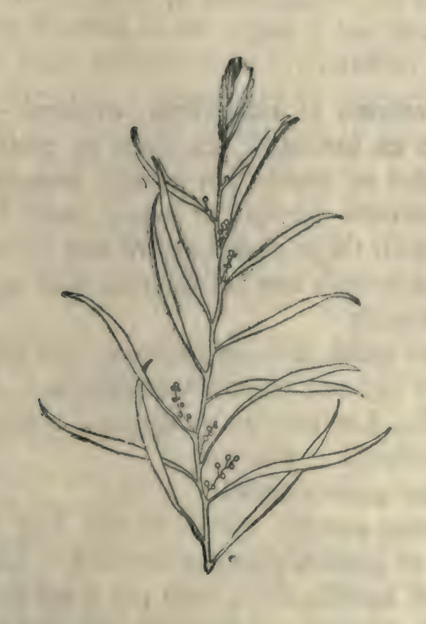
Aquella mujercita acababa de perder a su marido: el más amante y el más amado de los hombres.

En la agonía habíale hecho él jurar que no

amaría a ningún otro mortal *mientras no se secase la tierra de su fosa.*

La mujercita amante, entre lágrimas y caricias, lo había prometido... Y para que la tierra se secara más pronto ¡soplaba con su abanico!

Yo.—No se trata de un alma japonesa, sino andaluza, amigo. No me interrumpas. Sigue escuchando...





X

Ese juramento es una niñería—exclamé—. No te obliga en absoluto... Egoísmo de moribundo a quien se miente por piedad; promesa de la que no debe hacerse el menor caso. Él ya desapareció. *On ne peut pas vivre avec les morts*, no se puede vivir con los muertos, dice el proverbio francés.

—¿Qué sabes tú?—me respondió con voz temerosa y con una extraña vehemencia—. ¿Qué sabes tú?... ¡Los muertos se empeñan a veces en seguir viviendo con nosotros!

—¿Qué quieres decir?

—Es muy sencillo: que no se van. Hay algunos *que se quedan*. Escucha—añadió—: cuando te conocí, aquella tarde, sentí por ti una de esas simpatías súbitas, inexplicables, que nos hacen pensar a veces en que ya hemos vivido antes de

esta vida... Comprendí que iba a quererte con toda mi alma, que iba a amar por segunda vez, y tuve miedo... El muerto, asomado perpetuamente a mi existencia, ¿qué pensaría de mi infidelidad? ¡El muerto! Te aseguro que desde que «él» se volvió invisible, lo siento con mayor intensidad a mi lado; y, desde que me casé contigo, más aún. En todo rumor, en el viento que pasa, en los silbos lejanos de las máquinas, en el choque de los cristales de las copas y los vasos, ¡hasta en el crujir misterioso de los muebles advierto que hay tonos e inflexiones de reproche! Y me miran con reproche las estrellas, y viene cargado de reproches el rayo de luna, y el filo de agua que corre, y las ondas del mar que se desparraman ondulando por la arena, se quejan de mi inconstancia, dando voz al alma del desaparecido. Tienes en él un rival implacable...

Mucho vacilé, mucho luché para no amarte; pero en esa misma lucha había ya amor. Tenía que realizar mi nueva fatalidad. Tú eras más fuerte que yo, y me venciste. Pero a mi amor se mezclaba una angustia muy grande: te quería, te quiero aún con remordimiento...

Recuerdo que una noche, sobre todo, mi congoja fué tal, los reproches interiores que el muerto parecía hacerme tan amargos, que llena de desolación y al propio tiempo de ternura por aquel amor a mí, que se empeñaba en so-

brevivir a la tumba, le renové mi promesa con toda la energía de mi voluntad.

—Aunque me case con él—le dije—, te juro de nuevo que un día le dejaré para entregarme en un convento a Dios y a ti solo, para pensar en ti y orar por ti como tú querías... Mi cuerpo, en suma, ¡qué te importa! Ya no puedes poseerlo. *¡Déjaselo a él, pero mi alma seguirá siendo tuya!*

(Me perdonas, ¿verdad, amor mío?; en realidad mi alma es de los dos; está dividida. ¡No te enojes! No es culpa mía: tú tiras de la mitad de mi corazón, pero *su mano de sombra* tira de la otra mitad, y la pobre entraña sangra... sangra...)

Aquella noche, después de la renovación de mi promesa, me sentí repentinamente tranquila, sosegada, ecuánime, como si «él» aceptase el pacto. Dormí bien, después de muchas vigilias de inquietud... Pero poco a poco fuí advirtiendo que a ti te amaba también; que no sólo mi cuerpo, sino la mitad de mi alma iba a ser tuya, o mejor dicho, que toda mi alma iba a ser tuya... sin dejar de ser del muerto y sin que en esto hubiese contradicción, amor mío; porque os adoro a los dos, sólo que de distinto modo, y porque, bien mirado, él, en suma, ya no es un hombre, ¿verdad? Es algo que no se puede ni definir ni comprender; ¿es un pensamiento o un haz de pensamientos? ¿Es una voluntad? Me embrollo,

amor mío... Pero es el caso que a él no le place que le quiera así, no me tolera que comparta con nadie el amor que exige, exclusivo; y la prueba es que, desde que te quiero, siento ese remordimiento roedor que me atormenta hasta volverme loca... Sobre todo al llegar la noche. Durante el día, él parece dormitar, parece alejarse, parece tolerar que yo te quiera; pero la noche es su dominio. Está de acuerdo con la obscuridad. Las tinieblas deben darle una fuerza diariamente renovada. ¡Quizá encarna en la sombra misma! Y sus reproches insistentes acaban por ser intolerables...

Yo, pobre de mí, refúgiome en tus brazos, o, febril, me escapo del lecho y voy a buscar un poco de aire puro, de paz y de silencio, a la ventana.

Ayúdame tú a luchar con él, bien mío; ¡no quiero dejarte! Ahora siento que te amo más que nunca. Sé fuerte contra él, como Jacob lo fué contra el espíritu, con quien luchó por el espacio de una noche... ¡Sálvate y sálvame!

⊞

Era tan patético, tan desesperado el acento de Ana María, que yo, amigo, aunque soy muy señor de mí mismo, me eché a llorar en sus brazos.

El amigo.— Ya pareció aquello, so sentimental.

Yo.—¡Todos los fuertes lloran! Tenlo presente. Lloré, pues, y pagado el tributo al corazón, la voluntad acerada dijo con firmeza:

—No temas, Ana María: yo te adoro y lucharé con esa sombra. De sus brazos y de su influjo misterioso he de arrancarte. Como Orfeo, iría al propio Hades a arrebatar a mi Eurídice del poder de Plutón, y con ella en mis brazos tendría el heroísmo de no mirar hacia atrás... Pero es preciso que tú te resuelvas a quebrantar ese juramento absurdo.

—No puedo—gimió la infeliz escondiendo su cabecita entre mis brazos.—¡De veras que no puedo!

—¡Tienes que poder!

—¡Imposible! ¡Siento que me agitaría inútilmente entre las garras invisibles! ¡Ay de mí, y cómo aprietan!

⊠

Era preciso salvarla de la locura, a pesar suyo. Había que intentar el combate con aquella sombra, el duelo a muerte..., y no perdí el tiempo. Al día siguiente fuí a buscar a uno de los más celebrados especialistas en enfermedades nerviosas, en psicosis raras y tenaces.

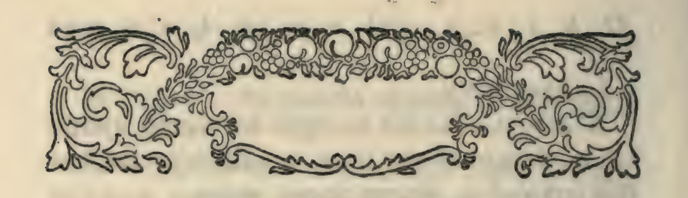
La examinó y...

El amigo.—No me lo digas: la recetó ejercicio moderado al aire libre, reconstituyentes, baños templados, distracciones, viajes...

Yo.—Eso es.

El amigo.—Pobres médicos, ¿verdad? ¡Y pobres de nosotros que tenemos que consultarles!

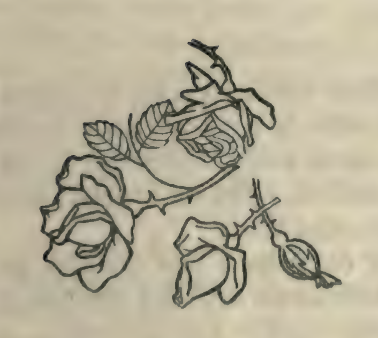




XI

El *amigo.*—El remedio más sencillo para el mal de Ana María, hubiera sido convencerla de que los muertos ya no pueden nada contra los vivos, de que se mueven en un plano desde el cual nuestro plano es inaccesible. La convicción de tu esposa era todo en su dolencia. No ya fenómenos psíquicos, sino hasta fenómenos materiales, pueden producirse por la creencia en ellos. «Hay casos—dice William James—en que no puede producirse un fenómeno, si no va precedido de una fe anterior en su realización.» La vida está llena de estos casos. Para vencer a aquella sombra, para «matarla», bastaba, naturalmente, que Ana María dejase de creer en ello. La duda es un proyectil del 75 contra los fantasmas; la negación sincera es un proyectil del 42...

Yo.—Pero Grullo y Monsieur de la Palice hubieran sido de tu opinión, amigo... Pero la raíz de una creencia se pierde en las lobregueces del subconsciente, y no puede nadie desceparla tan aína, mucho menos de un alma de mujer.





XII

Yo.—Pero volvamos a nuestro tema de hace un rato, sobre la inquietud como excitante de la dicha: aquella ansiedad perenne en que yo vivía, aquel miedo de todos los instantes acrecentaban mi amor a Ana María.

Si ella, cediendo a mis súplicas, me hubiese dicho: «¡Ya no me voy! Has vencido al muerto; me quedaré contigo para siempre...», quizás habría yo acabado por envidiar al difunto.

Nos irritamos contra la vida, porque no nos da nada definitivo, porque la muerte o la desgracia estan siempre detrás de la cortina esperando entrar, o a nuestras espaldas, mirándonos a hurtadillas. Y en cuanto la suerte nos depara un goce relativamente seguro, nos ponemos a bostezar como las carpas...

El amigo.—Así acontece, en efecto, y el autor del *Pragmatismo*, a quien te citaba hace un momento, nos dice en su ensayo sobre si *La vida vale la pena o no de ser vivida:* «Es un hecho digno de notarse que ni los sufrimientos ni las penas mellan en principio el amor a la vida: parecen al contrario comunicarle un sabor más vivo. No hay fuente de melancolía más grande que la satisfacción. Nuestros verdaderos aguijones son la necesidad, la lucha, y la hora del triunfo nos aniquila de nuevo. Las lamentaciones de la Biblia no emanan de los judíos en cautividad, sino de la época gloriosa de Salomón. En el momento en que era aplastada Alemania por las tropas de Bonaparte fué cuando produjo la literatura más optimista y más idealista que haya habido en el mundo...» Y sigue citando casos por el estilo. El dolor, amigo mío, es, pues, la sola fuente posible de felicidad, ¿Sabes tú cómo definió un humorista la *ausencia?* La *ausencia es un ingrediente que devuelve al amor el gusto que la costumbre le hizo perder.* Y otro tanto puede afirmarse del temor que a ti te atenaceaba. Ana María era como un diamante montado en una sortija de miedo, que lo hacía valer infinitamente: ¡tu miedo de perderla!

Yo.—Tienes razón... Tienes hartísima razón.

El amigo.—Egoísta: me das la razón porque opino como tú.

Yo.—Me parece que te la daría aun en el caso contrario. Pero puesto que, por rara felicidad, coincidimos en esta tesis, voy a contarte tres hechos que la corroboran:

A un millonario amigo mío, que, además de millonario, es hombre sano, de carácter alegre, le preguntaba yo en cierta ocasión:

—¿Desearía usted vivir eternamente así, como está? ¿Con la misma mujer a quien adora, el mismo hotel en la Avenida del Bosque, los mismos amigos que encuentra tan simpáticos?

Y me contestó: «Sí; pero a condición de temer fundadamente de vez en cuando perderlo todo.»

Qué sencilla y admirable filosofía ¿verdad?

Ser inmortales, pero temiendo a cada paso no serlo: he aquí la suprema felicidad, en el marco de la suprema inquietud.

Amar a una mujer como yo a Ana María, pero temiendo perderla; he aquí la voluptuosidad por excelencia.

Vais a besarla y os decís: «Acaso este beso será el último», con lo cual el deleite llega a lo sobrehumano.

Estáis al lado de ella, leyendo, en una velada de invierno, cerca de la chimenea, y pensáis: «¡Quizá mañana ya no se halle aquí! Tal vez haya huído para siempre!»

Entonces sentís todo lo que valen el sosiego

divino, la paz amorosa de aquellos instantes...

¿Por qué adoramos tanto a las personas que se nos han muerto?

El amigo.—¡Toma, porque se nos han muerto!

Yo.—Pues una mujer que ha de irse de un momento a otro, irrevocablemente, una mujer que temes perder a cada instante, tiene más prestigio, más extraño y misterioso embeleso que una muerta. ¿Estás de acuerdo, amigo?

El amigo.—Claro que estoy de acuerdo.

Yo.—El conde José de Maistre, para comprender y saborear el tibio embeleso, la muelle y deliciosa caricia de su lecho en las más crudas mañanas del invierno, ¿sabes lo que hacía? Él nos lo cuenta con mucha gracia: ordenaba desde por la noche a su criado que, a partir de las seis de la mañana, le despertase... cada hora.

A las seis, por ejemplo, el criado le tocaba suavemente en el hombro:

—¡Señor conde, son las seis de la mañana!

El conde se despertaba a medias, estiraba los brazos, se daba cuenta, fíjate, se daba cuenta de lo bien que estaba en su cama... y se volvía del otro lado. La inquietud, el miedo momentáneo de tener que levantarse (ya que en el primer momento no se acordaba de su orden de la víspera) avaloraban infinitamente su dicha de volverse a dormir.

—¡Señor conde, que son las siete!

Y se repetía la misma escena.

... Pues te diré que yo me he imaginado la muerte como un sueño delicioso en invierno; un sueño muy largo, en un lecho muy blando, durante un invierno sin fin, al lado de los seres que amé... Y he pensado que allá, cada millón de años, por ejemplo, un ángel llega, me toca en el hombro y me dice:—¿Quieres levantarte?

Y yo me desperezo; siento la suavidad maternal de mi lecho, el deleite de mi sueño, el calor blando que emana de los que amo y que duermen conmigo, el consuelo infinito de tenerlos tan cerca, y, volviéndome del otro lado, respondo al ángel:

—No, te lo ruego, déjame dormir...

⊠

El miedo de perder lo que amamos, sí, es la verdadera sal de la dicha. ¿Te acuerdas, amigo, —y éste será el tercer cuento de los que prometí contarte,—de aquel divertido libro de Julio Verne que se intitula: «Las tribulaciones de un chino en China?» El filósofo Wang, que lo posee todo en el mundo, tiene un tedio horrible. ¡Para ser feliz sólo le falta... la inquietud! Y se la proporciona merced a un curioso pacto con un hombre que, cuando menos lo piense, ¡habrá de asesinarle!

Wang no sabe de qué recodo de sombra, a qué hora del día o de la noche surgirá el asesino...

¡Y desde entonces vive en una vibración perenne, en una emoción temblorosa, y saborea la vida!

El amigo.—Tienes razón: tenemos razón, mejor dicho. Aun cuando a veces se me ocurre que acaso la condición por excelencia de la felicidad es no pensar en ella. ¡En cuanto en ella piensas, piensas también que no hay motivo para ser feliz! Y, por lo tanto, ya no lo eres. La conciencia plena y la felicidad son incompatibles. Por eso cuando Thetis, antes de metamorfosear en mujer a la sirena enamorada de que nos habla en uno de sus encantadores *En Marge* Julio Lamaître, la pregunta si para vivir con un hombre renunciaría a la inmortalidad, la sirena responde: «*Il faut ne penser à rien pour être inmortelle avec plaisir!...*» Pero aguarda y no digas que tengo el espíritu de contradicción; comprendo contigo que se adora infinitamente a un ser que está a punto de desaparecer, a una criatura que en breve ha de dejarnos; a todo lo que es alado, fugaz, veleidoso, y sé de sobra que el amor no crece si no lo riega la diaria inquietud.

Yo.—Pues así se agitaba el mío, merced a la obsesión de que Ana María estaba resuelta a irse. Mi corazón temblaba día y noche al lado

de ella, como una pobre paloma asustada, y saboreaba yo, como pocos la han saboreado, esa copa del amor en cuyo fondo hay toda la amargura del ruibarbo, de la cuasia y de la retama...

El amigo.—¿No dijo Shakespeare que una dracma de alegría debe tener una libra de pena? (*«One dram of joy must have a pound of care...»*)

Yo.—Antes había dicho Ovidio: «*Nulla est sincera voluptas, sollicitum que aliquid lacœtis advent.*»





XIII

No en vano, empero, se lucha con un muerto, amigo. Es posible acaso vencerle, porque los muertos no son invencibles, no *mandan* tanto como se cree; pero la pugna es muy ruda y se van dejando en ella pedazos del alma.

Nuestro delicioso y angustioso idilio, nuestro doloroso placer, nos agotaba visiblemente. Como poníamos en cada caricia una vida, ¿qué extraño es que por la brecha de un beso la vida se escapase?

En equella lucha debía, como es natural, sucumbir más pronto el más débil, y el más débil era Ana María.

Ana María, que se me iba poniendo pálida, delgada, que languidecía de un modo alarmante, cuyos divinos ojos adquirían una expresión más

honda de misterio, de vesania, de melancolía, de desolación.

¡Con qué encarnizamiento intenté hacer olvidar! Pero hay fantasmas que no nos dejan comer la flor de loto, que nos la arrebatan de los labios ávidos.

«Le souvenir des morts—dice Maeterlink—est même plus vivant que celui des vivants, comme s'ils y aidaient, comme si de leur côté ils faisaient un effort mysterieux pour rejoindre le nôtre.»

Y aquel muerto hacía un esfuerzo verdaderamente formidable. Se agarraba con sus uñas negras al alma de Ana, y la perseguía con el puñal implacable de la idea fija:

—«¡Huye de ese hombre, huye de ese hombre!»—le repetía dentro de su pobre cerebro enloquecido.

⊠

Resolví viajar.

Vinimos a Europa y recorrimos todos esos sitios que hay que recorrer: navegamos en una góndola vieja y negruzca por los sucios canales de Venecia: subimos en funicular a unas montañas de Suiza, que parecían de estampería barata; paseamos por las playas de Niza; comimos *bouillabaisse*, con mucho azafrán, en una polvo-

rosa avenida de Marsella, donde soplaba el mistral; contemplamos en una tarde, naturalmente de lluvia, las piedras negras de la Abadía de Westminster; confirmamos, en suma, con un bostezo digno del Eclesiástico, que «lo que fué es lo mismo que será, y nada hay nuevo bajo el sol»; y, un poquito más aburridos que antes, volvimos a Yanquilandia *los tres:* Ana María, el Muerto y yo.

El amigo.—¿Sabes que tu historia me va pareciendo tonta e inverosímil?

Yo.—Lo de tonta es una opinión; habrá quien la encuentre bella; lo de inverosímil lo dices porque no te acuerdas del proverbio francés: *Le vrai est parfois invraisemblable.*» En suma, ¿a qué llamamos verosímil? A lo vulgar, a lo común, y corriente, a lo que sucede tal como lo preveíamos y sin sorpresa de lo preestablecido... Pues yo sostengo que eso es lo inverosímil justamente, porque dada la infinita variedad de causas y concausas que no conocemos, el entreveramiento de influencias, de relaciones, de actos en que nos movemos, lo natural en la vida, lo verosímil debe ser justamente aquello que nos sorprende, que nos choca, que no obedece a las reglas caseras que, en nuestra ignorancia, queremos fijar a los sucesos.

Tú, amigo, que eres un hombre normal, o que crees serlo, quisieras que Ana María hubiese

olvidado a su muerto, que le importasen un comino sus reproches, que procurase vivir feliz conmigo y no turbase esta felicidad con su descabellada idea de irse, de acudir a esa cita misteriosa que el difunto le daba en la soledad de un claustro... Pues precisamente porque esto hubiera sido lo lógico, no era lo natural y lo verosímil, ya que la naturaleza ni tiene nuestra lógica ni, como digo, obra conforme a nuestra verosimilitud.

También te oigo decir: «en suma, se trataba de un simple caso de neurastenia...» Bueno, volvemos a las andadas: ¿y qué es la neurastenia? La neurastenia, óyelo bien, no es una enfermedad: es una evolución. Si el hombre no anda aún con taparrabo, si salió de la animalidad, lo debe sólo al predominio de su sistema nervioso. El sistema nervioso le ha hecho rey de la creación, ya que su sistema muscular es bien inferior al de muchos animales. Ahora bien; cada ser que en la sucesión de los milenarios ha avanzado un poco en relación con la horda, con la masa, ha sido en realidad un neurasténico... Sólo que antes no se les llamaba así. No pronunciéis, pues, nunca con desdén esta palabra. Los neurasténicos se codean con un plano superior de la vida; son progenerados, candidatos a la superhumanidad.

El amigo.—Also sprach Zarathustra.

Yo.—¿Te burlas? Me alegro; ¡así pondrás unos granitos de sal en estas páginas!



XIV

PERO bueno estoy yo para discutir o filosofar, amigo, cuando llego al punto más angustioso de mi relato: Ana María se me iba muriendo.

Mírala, amigo, en qué estado está: los lirios parecerían sonrosados junto a su palidez.

La asesina, sobre todo, la ausencia de sueño.

Siempre con los ojos abiertos y los párpados amoratados... Cuando me despierto en la noche a la luz de la veladora, lo primero que encuentro son sus ojos, sus ojos agrandados desmesuradamente, como dos nocturnas flores de misterio.

Los médicos se niegan a darla narcóticos.

Le temen al corazón, a veces ya arrítmico.

El trípode de la vida—me dice el doctor... doctoralmente,—está formado por el pulso, la respiración, la temperatura... Deben marchar los tres de acuerdo: cuidado sobre todo con el pulso.

—Doctor, ¡si pudiera yo dormir...!

Este es el estribillo eterno de la enferma.

Pide el sueño con una voz dulce, infantil, como un niño pediría un juguete.

¡Ay! ¿No es por ventura el sueño el juguete por excelencia de los hombres, el regalo mejor que nos ha hecho la Naturaleza?

Pero el muerto no quiere que duerma.

Los muertos nos vencen así. Ellos saben que en el día son más débiles que nosotros. Con cada rayo de sol podemos apuñalar su sombra... Pero se agazapan en los rincones obscuros, y aguardan a que llegue la noche.

«El día es de los hombres, la noche de los dioses», decían los antiguos.

La noche no es sólo de los dioses: también es de los muertos.

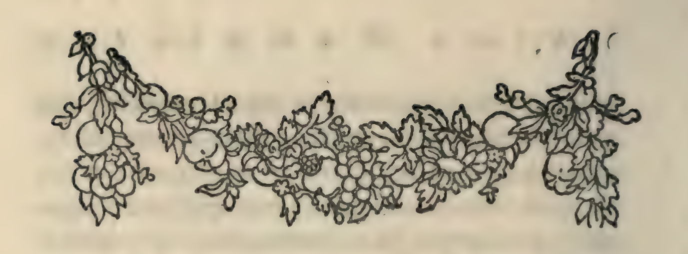
¡Cómo van adquiriendo corporeidad, apelmazándose en las tinieblas!... El silencio es su cómplice, y nuestro miedo les presta una realidad poderosa. *Primus in orbe Deos fecit timor.*

De día, pues, yo vencía al fantasma. Ana María se animaba un poco, sonreía, me llenaba de caricias, que tenían ya—¡ay de mí!—esa majestad dulce y melancólica de un adiós. De noche, el muerto, desalojado des us «trincheras» lóbregas, «contraatacaba» para recobrarlas.

Ella, estremecida de espanto, se asía a mi con angustia infinita, y yo, rabioso, insultaba—óyelo

bien, amigo—, insultaba a aquel espectro, que se había empeñado en llevársela, que no se resignaba a compartir conmigo su posesión, y que se metía furiosamente por un resquicio del espacio y del tiempo para inmiscuirse en nuestras vidas y darles el sabor del infierno.





XV

Si estas cosas que te cuento, amigo, fuesen una novela, yo las arreglaría de cierto modo para dejarte satisfecho. Ana María, con quien, a lo mejor, has simpatizado, no se moriría. La haríamos vivir feliz unos cuantos años. Tendría dos hijos: un niño y una niña. El niño sería moreno, como conviene a un hombre; la niña sería rubia, como conviene a un ángel.

Yo comprendo muy bien el cariño de un autor de teatro o de novela por los personajes que ha creado, y me explico perfectamente el desconsuelo de Alejandro Dumas padre, a quien Alejandro Dumas hijo encontró llorando cierto día, porque en el curso de los «Tres Mosqueteros» había tenido que matar a Porthos, el más simpático de sus héroes.

Y, si comprendo de sobra este desconsuelo,

tratándose de seres de ficción (que acaso en otro mundo, en otro plano, existen gracias a sus creadores y acaban por pedir cuenta a éstos de los vicios y pasiones que les han atribuído), imagínate, amigo, lo que me dolerá tener por fuerza que «matar» en esta historia a una mujer que tan intensamente vive en mi corazón... ¡Pero qué remedio si se murió, amigo!

Estábamos en Sea Girt. Era un día de principios de Septiembre. Entraba por nuestras ventanas un fulgor vivo y rojizo. El mar tenía manchas trágicas. Un cercano y potente faro empezaba a encender y apagar su estrella milagrosa... Lo recuerdo: su pálido haz de luz barría en sentido horizontal la alcoba de la enferma y a cada minuto transfiguraba su cara.

Quise cerrar las maderas, pero ella se opuso; «no la molestaba aquella luz, al contrario...»

Yo estaba sentado al borde de la cama y acariciaba su diestra, apenas tibia.

Ella se mostraba tranquila, muy tranquila. El muerto, como ya tenía segura su presa, la dejaba en paz.

—Ahora siento irme—decíame Ana María con voz apacible y dulce, en la cual no había la menor fatiga—. Siento irme porque te quiero y por lo solo que vas a quedarte; pero estoy contenta por dos cosas: lo uno porque ya no fué preciso escapar, escapar una noche impelida por una

voluntad todopoderosa y extraña, a la cual en vano hubiera intentado resistir; lo otro porque, ahora que repaso los breves años que nos hemos amado, veo que fueron lo mejor de mi vida. A él le amé mucho, pero con reposo, y a ti te he amado mucho, pero con inquietud. Esa certidumbre de que era preciso abandonarte pronto, daba un precio infinito a tus caricias. El destino tuvo para nosotros, disponiendo así las cosas, una suprema coquetería... Imagínate que nuestra vida hubiese sido serena, permanente, monótona, con la íntima seguridad de su prolongación indefinida: ¿me habrías amado lo mismo?... Cállate—interrumpió, retirando su mano de la mía y poniéndola dulcemente sobre mi boca—, vas a decirme que sí; vas a hacerme protestas de ternura. Pero bien sabes que no hubiera sido de esta suerte... Mientras que ahora estoy segura de ser llorada, de ser más querida aún después de la muerte que lo fuí antes, y esta certidumbre—¡perdóname!—satisface sobremanera mi egoísmo de mujer cariñosa, sentimental, romántica, que leyó mucho a los poetas y soñó siempre con ser muy amada... Ya ves, pues, que no debemos quejarnos. En suma, ¿qué es la vida sino *un relámpago entre dos largas noches?*... Ya te tocará tu vez de irte a dormir, y entonces, ¡qué bien reposarás a mi lado!... Dame un beso, largo... largo... ¡Ay, me sofocas! Dame

otro, pero en la frente; ahora siento que en ella está mi alma, porque el corazón se va cansando...

❖

Amigo, ¡no quiero describirte más esta escena! Ana María murió sobre mi pecho, blanda, muy blandamente, y recuerdo que el faro varias veces iluminó con su haz lívido nuestras cabezas juntas, como con luz de eternidad.





XVI

Dirás acaso que el fantasma me venció en toda la línea.

No, amigo; ¡yo vencí al fantasma!

Le vencí, porque Ana María no se fué al dichoso convento a vivir exclusivamente para él, y por otra razón esencial: porque ahora iba yo a ser para el alma de mi amada el verdadero *ausente*, en vez del difunto..., ¡iba yo a ser para ella el muerto! *(Vivants vous êtes des fantômes; c'est nous qui sommes les vivants*—dijo Víctor Hugo.) ¡Y los ausentes y los muertos *siempre tienen razón!* Una dorada perspectiva los transfigura, los torna sagrados... ¡Ah! si algo llevamos de nuestras pasiones, de nuestros apegos al otro lado de la sombra, si la muerte no nos deshumaniza y nos descasta por completo, el fantas-

ma aquél que tanto daño me hizo, habrá tenido a su vez celos de mí en su lobreguez silenciosa. De mí, el *ausente* de su mundo, el amado después que él, el verdadero *muerto*...

⊠

Sesenta años he cumplido, amigo, como te expuse al empezar, y he amado muchas, muchas veces... Pero en verdad te digo que es aquella la vez en que amé más!





II

EL DIABLO DESINTERESADO





I

CIPRIANO de Urquijo, muchacho hispanoamericano, llegó a París hace pocos años con el propósito de ser el pintor 10.801° de los que albergaba la Ciudad-Luz, donde, según las estadísticas, había a la sazón diez mil ochocientos (número cerrado).

Buscó en el barrio de Montparnasse uno de esos modestos «estudios», a los que da acceso un patinillo con toldo rústico de trepadoras.

El estudio estaba dividido en dos compartimientos por una cortina de cretona. Detrás de la cortina, sobre una especie de andamio, al que se subía por una escalerilla de madera, se hallaba el dormitorio, compuesto de un catre-jaula, un lavabo comprado por cinco francos en el bazar de la Gaité, y una mesa de noche, de pino,

sin pintar, sobre la cual se posaba majestuosamente la lámpara.

En la parte anterior de la habitación estaba el estudio propiamente dicho. ¿Describirlo? ¡Para qué!, o *a quoi bon!,* si le place más al lector, quien, sin duda, habrá conocido diez mil ochocientos estudios de este género, o, si la cifra le parece exagerada, cinco mil cuatrocientos, dos mil setecientos, mil trescientos cincuenta...

Baste decir que había un biombo, fabricado y pintado por Cipriano; algunos lienzos del joven artista; estampas viejas, persas, japonesas; tres o cuatro chucherías sobre mesitas y repisas; un viejo diván con su corte de sillas, adquiridas en diversas subastas, con lo cual dicho está que cada una acusaba una «fisonomía propia», etcétera, etc., etc.

Por lo demás, yo no sé con qué objeto estoy describiendo el estudio de Cipriano de Urquijo, puesto que en el instante en que el lector va a trabar conocimiento con el artista, éste ha salido...

Sí, ha salido; por lo que no le haremos una visita en la rue Campagne Première, donde vive, sino que le encontraremos en el bulevar Malesherbes, tan distante de aquélla.

Es una tarde otoñal y nubilosa; una de esas tardes envueltas en cendales tenues, que tanto enmisterian (perdón por el verbo) y envaguecen las deliciosas perspectivas de París.

Cipriano de Urquijo pasea por el ancho bulevar silencioso.

Vamos a decirlo de una vez: Cipriano de Urquijo está enamorado, está bestialmente enamorado (lo de bestial es sólo para ponderar).

El pintor hispanoamericano ha visto a una muchacha alta («ocho cabezas», por lo menos), rubia, de una distinción estupenda, que iba con su mamá por la Avenida de la Opera; ha sufrido el *coup de foudre,* el flechazo... La ha seguido, naturalmente, y ha llegado tras ella al dicho bulevar Malesherbes, en uno de cuyos portales se han metido las dos.

Cipriano de Urquijo, con una audacia poco vulgar (no quiero decir poco común, por el *coco)* se ha aventurado a preguntar a la portera, poniendo previamente en su diestra (creo que fué en su diestra) un franco.

—¿Quién es esa señorita que acaba de subir con su mamá?

La portera, después de ver con rápida mirada el franco, le ha respondido:

—Es la señorita Laura (¡Laura, como la del Petrarca!), hija del señor Constantin, monsieur Víctor Anatole Constantin, economista y miembro del Instituto.

¡Demonio! ¡Economista y miembro del Instituto!

Lo de economista querrá decir que el señor Constantin es un hombre práctico.

Cipriano de Urquijo ha sentido siempre un respeto, mezclado de aversión, por los economistas, sobre todo desde que una vez en su ciudad natal (ciudad provinciana), un señor gordo, de lentes, personaje principalísimo, director de la sucursal de un gran Banco metropolitano, le dijo en una fiesta, mirándole de arriba abajo con el mayor desdén:

—Jovencito, usted no es más que un soñador. Hay que ser hombre práctico. Hay que pisar bien la tierra (y «piafaba», al decir esto, con sus grandes pies calzados de botas americanas de triple suela). ¡Déjese de pintar monos y lea a Leroy-Beaulieu!

¡Miembro del Instituto!... ¡Jesús! ¡Esto era más imponente aún que lo de economista!

El señor Constantin, sabio oficial, debía desdeñar inmensamente a los pintores de la rue Campagne-Première.

Cipriano pensaba estas cosas ya en el bulevar, después de haber oído los informes (de a franco) que le había dado la portera.

Acariciábase con movimiento nervioso la barba, una *barbiche* a la francesa, terminada en punta, de color de caoba.

¡Laura! Laura Constantin, mademoiselle Laura Constantin, una monada, una rubia *épatante*, con dos ojos que parecían dos luminosas violetas dobles... ¡Una muchacha a la que él iba a amar,

a adorar, a idolatrar toda su vida, su «pintoresca» vida, por larga que fuese!

Cinco días seguidos, con lluvia, con niebla, y alguna vez (porque de todo hay en París) con un poquito de azul desvaído que sentaba maravillosamente a la ciudad única, Cipriano había ido a rondar, a la manera española, el portal de la casa de mademoiselle Laura... ¡y no sabía aún en qué piso vivía ésta!

El muy imbécil olvidó preguntarlo a la portera...

Ahora, para saberlo, tendría que ponerla otro franco en la mano.

—¡Cosa más fácil!—diréis. Claro, muy fácil para vosotros, que tendréis siempre un franco de más en vuestro bolsillo; pero no para Cipriano, que por lo general «lo tenía de menos».

En esos cinco días, ni una sola vez, ni en los cachos de tarde apacible, había asomado la cara detrás de las vidrieras de ningún piso la señorita Laura.

El espectáculo de la calle debía de serla indiferente en absoluto.

A medida que anochecía iban encendiéndose los cristales de las diversas habitaciones del «inmueble».

¡Oh, enigma! ¿Cuál de aquellas luces, más o menos vivas, añadía su oro al rubio pálido de los cabellos de la señorita Laura?

Cipriano se ponia nervioso y tiraba con desesperación de la punta de su barba de caoba.

¡Irritante no saber!

A veces, una sombra pasaba detrás de los visillos.

Cipriano, con toda la energía de su voluntad, ordenábala: «¡Asómate!»

Parecíale imposible que tal orden vehementísima no llegase hasta la sombra aquélla y la empujase o atrajese a la vidriera...

¡Pero vaya usted a saber si el cristal es un aislador de la voluntad!

(A veces, se le ocurre al autor de estas páginas que sí debe de serlo, y que, por eso, los borrachos no pueden curarse de su maldito vicio. Entre la botella y su voluntad de no beber hay una pared de vidrio, y la voluntad se anula, quedando sólo «la sed, que nunca se sacia». Si los cacharros que contienen el wisky o el cognac fuesen de barro, como los que contienen la ginebra... Ya ven ustedes que, en suma, la ginebra se bebe poco cuando está así envasada.)



II

CINCO días, pues, transcurrieron como digo, y el Azar, la Casualidad, el Destino, no habían hecho coincidir siquiera un instante aquellas dos vidas.

Seguramente, la señorita Laura salía a alguna parte; iba a las Galerías Lafayette, al Printemps al Louvre, como todo el mundo; asistía de vez en cuando a una sección de cine; hacía tal o cual visita... ¿Cómo, pues, en cinco días no se habían encontrado?

¿Estaría enferma la señorita Laura?

¡Oh! Con qué suavidad su cabecita delicada debía de reposar sobre el almohadón. Con qué voz musical, con qué melodiosa quejumbre, la dulce doliente debía de exclamar, dirigiéndose a madame Constantin:

—Que je souffre, petite mère!

Y Cipriano, exaltado con esta imaginación, desesperábase, lamentando que los inventos modernos, que habían domeñado y avasallado tantas fuerzas invisibles, no pudiesen suministrarle aún ninguna para que el beso de un pintor se posase desde lejos en la frente pálida de una muchacha enferma, y su voz se hiciese oir, como con telefonía inalámbrica, en el pétalo translúcido de una orejita, entre el ensortijamiento de las hebras de oro, para decirla:

—Je vous aime et je ne veux pas que vous soyez malade, mademoiselle Laura!

Cipriano, que era un chico bueno, ingenuo hasta la pared de enfrente, piadoso a ratos (sobre todo cuando se acordaba de la madre lejana, que le hacía rezar el rosario), empezó a sentir cierta vaga rebelión contra la divina Providencia (ya veremos qué injustamente).

¿Por qué, si es cierto que interviene hasta en el movimiento de la hoja del árbol, no movía aquellos visillos, haciendo aparecer detrás la cabeza soñada?

¿Un visillo es, por ventura, para la divina Providencia, más difícil de mover que la hoja de un árbol?

¡El diablo acaso hubiese sido más amable!

¡Lástima que no se preocupase ya de los enamorados, como sucedía antaño!

A Cipriano le había referido no sé quién la historia de un apasionado muchacho que fué una noche de tormenta (según se lo prescribió cierta bruja) a buscar al diablo a una lejana cueva desde cuyo interior solía dejarse oir su voz... cavernosa (este adjetivo viene ahora muy a pelo) como la del antiguo oráculo.

El diablo, después de oir, «al parecer con atención», la súplica del mancebo, que se refería a una morena admirable, reacia al cariño como pocas, contestó con sorna:

—¡Ya la quisiera para mí!

No había, pues, que contar con Satanás, que, por otra parte, en seguida pedía el alma.

—¡Y qué me hubiera importado ofrecérsela—seguía diciendo Cipriano—si de hecho me la ha robado ya esta chiquilla!

❖

...El bulevar estaba solitario. Cipriano debió de hablar en voz alta.

Alguien, en la sombra, escuchó todo el monólogo.

Un señor perfectamente forrado en un gabán de pieles (hacía mucho frío), con la cabeza metida dentro de un sombrero de copa, se acercó

a Cipriano, y en el más correcto español de la *ca'Alcalá*, le dijo:

—Caballero, me parece que acaba usted de invocar al diablo y que ha incurrido usted en la secular vulgaridad de hacer esta invocación para que Satanás le conceda a una mujer...

A Cipriano aquella burla gratuita, arbitraria, le incomodó, y estuvo a punto de responder una grosería.

Pero el señor del gabán de pieles le miraba con un interés simpático (la escena pasaba al pie de un farol de gas), con sonrisa llena de expresión. Tenía unos ojos grises, curiosos y tiernos al propio tiempo; un rostro enérgico, muy pálido, aguileño, perfectamente afeitado (Mefistófeles, por lo visto, renunciaba al bigote retorcido y a la barba puntiaguda).

Emanaba de aquel rostro no sé qué expresión de astucia amable, no sé qué poderoso atractivo, que dominó instantáneamente el enojo del pintor.

—Caballero—dijo éste—: aun cuando sin ningún derecho tercia usted en el «diálogo» íntimo de un desconocido, haciendo caso omiso de esta impertinencia, le diré que me pilla—después de dos horas de plantón en esta calle—en un momento propicio a las confidencias, muy naturales, por lo demás, en un enamorado... Y debido a esto, en vez de oír de mis labios una frase

dura y desdeñosa, va usted a escuchar una confesión. Hace cinco días encontré en la Avenida de la Ópera a la señorita Laura Constantin, hija del señor Víctor Anatolio Constantin, economista, miembro del Instituto, y estoy perdidamente enamorado de esa señorita, a quien, a pesar de todos mis esfuerzos, no he vuelto a ver, no obstante que nos hallamos frente a su casa—añadió señalando el edificio que conocemos.

El enigmático personaje escuchaba sonriendo, con su sonrisa entre irónica, deferente y amable.

—La señorita Laura Constantin—repitió—, hija del señor Víctor Anatolio Constantin, economista y miembro del Instituto..., que vive allí enfrente, según dice usted... ¡Muy bien! ¿Quiere usted darme la dirección de su taller?

—¿Cómo sabe usted que soy pintor?...

—Hombre, si supone usted siquiera por un momento que soy el diablo, el diablo a quien usted deseaba invocar, comprenderá que puedo adivinarlo.

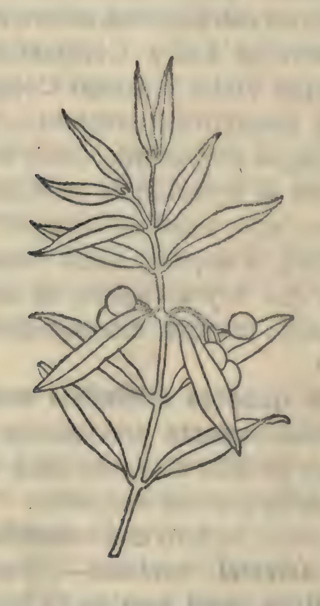
Cipriano quedóse mirándole con una ingenuidad absolutamente provinciana, y metiendo mano en su bolsillo de pecho sacó su cartera y de ella una tarjeta con sus señas.

El desconocido leyó con atención.

¡Perfectamente!—exclamó—. Pues señor de Urquijo (tiene usted nombre de banquero, más que de artista), señor de Urquijo, el pacto está

hecho: usted se casará dentro de un año con la señorita Laura, y será además un gran pintor... Buenas noches. Le aconsejo que se meta en el *metro* y se vaya a su taller. Hace mucho frío. *Au revoir!*

Y sin dar tiempo a Cipriano de que preguntase nada, haciéndole un signo amistoso con la diestra, se alejó rápidamente, perdiéndose entre la niebla, cada vez más espesa.





III

Ya en su estudio, arrellanado en el diván, en aquel diván que se ha descrito, Cipriano púsose a considerar la escena «misteriosa» a que acababa de asistir y en la que tan importante papel le había correspondido.

Se necesitaba un candor más que columbino (¡de dónde habrán sacado que las palomas son candorosas!) para imaginar a un espíritu, blanco o negro, ayudando a un hombre del siglo XX a obtener el amor de una muchacha.

Y, sin embargo, en el supuesto de que hubiese espíritus, es decir, inteligencias invisibles, superiores a la nuestra (ya que, bien mirado, en el universo todo es espiritual), ¿por qué no habrían de atender a nuestra súplica?

¿No escuchamos, por ventura, nosotros los ruegos de los humildes, de los pequeños? ¿No

hacemos por ellos cosas que ellos no pueden hacer? Cuando un niño querido nos pide un juguete que él no puede adquirir por sus propios medios, ¿no se lo damos? Cuando un amigo, menos experto que nosotros, nos ruega que le resolvamos un problema que le tortura, ¿no le resolvemos? Pues si nosotros, que somos malos, egoístas y, lo que es peor, seres desvalidos, hacemos estas cosas por nuestros hermanos más desvalidos aún, ¿por qué una inteligencia superior no había de ayudarnos?

Una inteligencia superior debe forzosamente estar unida a una bondad superior—seguía pensando Cipriano—. Se concibe apenas, y cuán dolorosamente, un hombre de gran ingenio, malévolo. Esta malevolencia implica una contradicción. Porque, en suma, la maldad no es algo positivo; es, simplemente, algo defectivo, si puede uno expresarse así. Se es malo con relación a un ideal de perfección no alcanzado aún.

Lo que en un salvaje puede ya considerarse como una virtud, en un hombre culto puede ser un defecto. No hay maldad absoluta en el universo; no hay siquiera maldad; hay sólo «grados de bondad», y un grado de bondad puede ser maldad con relación a otro grado de bondad muy superior. Un hombre muy bueno resultaría opaco, imperfecto, ante la bondad maravillosa de San Francisco de Asís, como la nieve de las

calles resultaría opaca y obscura ante la nieve de la montaña.

Tenemos, pues, que convenir—concluía Cipriano—en que, si hay inteligencias superiores a las nuestras, deben ser más buenas que nosotros; y si son más buenas, cuando las invoquemos con insistencia, con fervor, nos ayudarán seguramente.

—¿Pero hay seres invisibles superiores a nosotros?—se preguntó el pintor, a tiempo que encendía un pitillo.

Y al ver cómo el humo azulino, algo evidentemente real, resultado de la combustión lenta del tabaco, se iba sutilizando, sutilizando, hasta «desaparecer» en el ambiente de la habitación, no obstante que, «de seguro», con toda evidencia, seguía subsistiendo, estaba allí, Cipriano respondió afirmativamente a su propia pregunta:

—¡De fijo que hay seres invisibles!

Y recordó aquel lance acaecido a Víctor Hugo, quien en la playa, en Guernesey, la isla de su destierro, metió la mano en un barreño donde había clarísima agua de mar, y sintió que le hacían mal en la diestra: una anémona cristalina «invisible» se había ensañado en su epidermis.

El poeta tomó pie de allí para elocuentes y profundas consideraciones.

—Pues qué—continuaba Cipriano, siguiendo

su divagación—, ¿no está hecha, en suma, la materia de cosas invisibles? La resistencia que opone a nuestro tacto, ¿no proviene únicamente acaso de la velocidad de sus moléculas?

Después de leer a los físicos modernos, de recapacitar en sus teorías sobre el éter, ¿no se cae, por ventura, en la cuenta de que lo que llamamos materia es justamente lo más inmaterial del mundo? ¿No se llega acaso a la conclusión de que los cuerpos sólidos son en realidad verdaderos huecos en esa substancia imponderable, cuya rigidez ha de ser por fuerza superior a todo lo que conocemos, y que, sin embargo, no opone resistencia apreciable a la dilatación de los leves gases que forman las colas de los cometas, ni estorba para nada el majestuoso girar de los orbes?

—¡Todo es invisible!—afirmó Cipriano—. El agregado de innúmeras cosas invisibles, de vidas sin límite, forma lo visible, o, mejor dicho, la visibilidad no es más que la reacción de nuestros sentidos ante una forma determinada de la energía.

No, no hay materia; no hay más que vidas. Al conjunto de estas vidas, que el más potente microscopio no alcanza a aislar y diferenciar, le llamamos materia. No nos movemos, no comemos, no bebemos sin que se transformen millares de estas vidas. Nuestro yo va a través de

ellas como una flecha a través de un colosal enjambre de abejas...

¿Quién puede sorprenderse de estas dos palabras: «inteligencias invisibles», si cae ingenuamente en la cuenta de que no existen inteligencias visibles, de que las nuestras son tan invisibles como los espíritus, más invisibles aún, porque éstos están desnudos, y nosotros vestidos de la ilusión de la carne?

⊠

—Ahora bien—prosiguió Cipriano—; si una «mónada», una inteligencia invisible, invocada por nosotros, quiere ayudarnos, claro que no va para ello a trastornar el orden de la naturaleza. Esto sería estúpido.

Bástala con aprovechar hábilmente los elementos y fenómenos usuales.

Imaginemos que un ángel quiere socorrerme en momentos para mí difíciles. ¿Irá a fabricar monedas de oro, merced a maravillosa alquimia, cuando le es tan fácil mover a piedad el corazón de un amigo, provocar la simpatía de un rico en mi favor?

Hace dos horas yo, en un momento de anhelo vivísimo, pensé en implorar la ayuda de un ser superior. Ese ser superior me escuchó—imaginémoslo así—y quiso dispensarme esta ayuda

solicitada. ¿Cómo? Pues sencillamente, haciendo que me escuchara un hombre que pasaba por la calle y que está acaso en condiciones de valerme... o bien sugiriendo a mi imaginación la escena *puramente interior* de ese hombre misterioso.

Pero...

Y aquí empezó a embrollarse la cabeza de Cipriano: ¿fué real o imaginario entonces aquel diálogo?

Si fué real, ¿cómo pudo la inteligencia invisible suscitar tan pronto la presencia del protector? Si fué imaginario, ¿cómo iba a producirse la ayuda?

¿Se trataba simplemente de un desocupado que había querido burlarse de Cipriano?

Este, ante tal idea, comenzó a indignarse, y enseñó sus puños a la sombra (¿Son por ventura más motivados otros accesos de ira que nos alteran la digestión y a veces nos enferman gravemente? ¿No es, por desgracia, exacto, que vivimos en un perpetuo duelo con enjambres de fantasmas?).

—¡Pues de mí no se ha de burlar impunemente!—vociferó.

En aquel instante llamaron a su estudio.

El corazón de Cipriano se encogió de pánico...

Pero una voz juvenil se alzó del otro lado de la puerta.

—¿Estás sólo? (¡qué solo iba a estar el infeliz: estaba rodeado de fantasmas!) Son ya las ocho. ¿Vienes a comer?

Era uno de sus amigos y compañeros: Valentín.

—¿Con quién hablabas ahora mismo?—le preguntó mirando con extrañeza el estudio vacío—. ¿A quién amenazabas?

—A un espíritu, o a un hombre—respondió Cipriano—; no lo sé a punto fijo.

Y, cogiendo del brazo a su amigo, fuése con él al restaurant, narrándole por el camino la pequeña historia.





IV

Durante tres días nada nuevo sobrevino.

Urquijo paseó vanamente por el bulevar Malesherbes.

El diablo no apareció. En el piso de Laura (que era el segundo izquierda, conforme lo reveló, al fin, la portera, merced a un franco más) no se advirtió otra cosa que las alternativas de luz y de sombra en las piezas que daban a la calle, y alguna vez, la vaga apariencia de una silueta.

Cierto recato inexplicable impidió a Cipriano pedir en la portería datos más amplios que calmasen su ansiedad.

Un sentimiento confuso le aconsejaba esperar, no obstante la congoja y el desabrimiento de su espíritu.

Entretanto, su vida se transformaba: el anti-

guo pausado ritmo era hoy un perenne temblor, una ansiedad nerviosa que redoblaba los latidos de la entraña.

Cipriano recordaba la frase de Alighieri, leída recientemente en la *Vita Nuova:* «He aquí que viene un Dios más fuerte que yo, el cual me dominará...»

La primera aparición suprema de la existencia, el amor (la segunda es la muerte), llegaba; llegaba imprevista, como el señor del Evangelio, la hora de cuya venida ignoramos: «Vigilate, quia nescitis qua hora Dominus venturus sit.»

Cipriano comprobaba y confirmaba la tremenda significación, el esencial sentido que encierra la más vulgar de las frases: «está enamorado», la cual tiene para cada alma una formidable elocuencia nueva.

Cipriano amaba... En su corazón desde aquel instante se asentaba el rey de los reyes del mundo. Que su amor fuese feliz o desgraciado, riente o trágico, turbulento o manso, él sabía por intuición poderosa que aquel monarca nuevo ya no dejaría de reinar en su vida; porque, como dice el malogrado poeta inglés Dowson, «vencido, frustrado y solitario, no comprendido, sin corona, ¿es por eso el amor menos rey? *Is love less king?*»

Amaba, y no era amado; pero, en suma, amar ¿no es, por ventura, una gran alegría, una «do-

lorosa» alegría? *Jucundissimun est in rebus humanis amari, sed non minus amare*, como dice Plinio en su panegírico del emperador Trajano.

«Amar, afirma Victor Hugo, es tener en la mano un hilo para todos los dédalos...»

Por lo pronto, Cipriano estaba metido en el dédalo; ¡pero el hilo no le tenía! El hilo de oro quizá le tendría ella, Laura!

¡Estaba enamorado! Es decir, había ya en el mundo un sér que adquiría definitivamente sobre él el derecho de vida o muerte.

Sólo aquellos a quienes amamos tienen el poder de atormentarnos, y hemos de seguirles amando aunque nos atormenten, sin preguntar ya si son malos o buenos:

I ask not, I care not
if guilt's in thy heart;
I know that I love thee
whatever thou art!

(SHAKESPEARE, Cymb. III, 5.)

(Y perdónale, lector, a Cipriano, esta erudicioncilla amorosa...)

Un alma serena puede pasar por la vida insensible a los fantasmas de la *Selva obscura*. Abro-

quelada de fe, con la espada flamígera de su voluntad, se abrirá un camino entre los mil espectros del miedo, de la imaginación. Ninguno tendrá el poder de conturbarla.

Pero que ame a una criatura, y Dios (¿tal vez celoso de que aquella alma ya no sea toda suya?) conferirá a la criatura amada un poder formidable: el poder de hacer sufrir.

Aquella criatura podrá, en lo sucesivo, llevar al alma esclava adonde quisiere, «con sólo un cabello de su cabeza».

¡He aquí que viene un Dios más fuerte que yo, el cual me dominará!

⊠

Al cuarto día de la nerviosa espera, Cipriano de Urquijo se encontró en la portería de su casa un gran sobre, escrito con esa letra larga, sumum del esnobismo, que tanto, que tanto se usó antes de la guerra (entiendo que, cuando vuelvan de las trincheras definitivamente los peludos, hoy rasurados, y el gran conflicto actual con su formidable ímpetu de modificación haya transformado todas las cosas, ni siquiera ese esnobismo quedará; hasta la caligrafía será sincera).

La penetración del lector habrá adivinado que Cipriano—conforme a la frase hecha de rigor—«abrió el pliego con mano temblorosa».

Dentro del sobre había dos tarjetones, uno mayor que el otro; los dos muy elegantes.

El mayor estaba impreso, salvo el nombre del agraciado, al calce, y decía (en francés):

«La señora Dupont se quedará en casa la tarde del miércoles tantos de tantos, de cinco a ocho.»

Y abajo, la dirección y el nombre del invitado. «Señor Don Cipriano de Urquijo, etc., etcétera.»

El tarjetón menor decía: «El Diablo tiene el gusto de enviar a su protegido, el señor don Cipriano de Urquijo, la adjunta invitación, encareciéndole que, al llegar a casa de madame Dupont (quien ya está prevenida) se presente a esta señora, diciéndola su nombre. *Lo demás corre de cuenta de ella.*»

✠

No analicemos las emociones de Cipriano. Nosotros, lector, no somos psicólogos, como M. Paul Bourget, por ejemplo (autor de tanta anatomía espiritual y moral, desde sus primeros ensayos hasta su novísimo *Sens de la Mort)*. Por no ser psicólogos, resultamos de una ingenuidad de agua de montaña, que es el agua más ingenua de todas, porque está hecha de nieve pura, caída directamente del cielo, y aún no se

ha enfangado en los declives y torrenteras de la serranía.

La ciencia del alma la adivinamos, la presentimos, como Fernández y González presentía la historia...

Sólo sí diremos, conforme a otra sobada frase hecha, que «las más encontradas emociones» luchaban en el corazón de Cipriano, y añadiremos que las interrogaciones más contradictorias abrían y cerraban sus encorvados signos de todos colores en su cerebro.

¿Quién era, pues, aquel hombre que hacía de diablo?

¿Por qué le protegía?

¿Qué iba a pasar en casa de la señora Dupont?

¿Qué era «lo demás que corría de cuenta» de esta señora?

Y, sobre todas estas interrogaciones, se erguían como dos columnas de Hércules (la segunda invertida) dos signos de admiración: ¡...!

¡Iba a ver a Laura, sin duda!

¡Estrecharía la mano de Laura!

¡Oiría la voz de Laura!

¡Se posarían en sus ojos los divinos ojos de Laura, aquellas dos luminosas y pensativas violetas dobles!

¡Oh, Petrarca, sólo tú (pues que amaste a la primera encarnación de Mlle. Laura Constantin)

puedes poner un comentario a estas exclamaciones!

¡Pónselo, Petrarca!

Era 'l giorno che al sol si scoloraro
Per la pietá del suo Fattore i rai,
Quand' i' fui preso, e non me ne guardai,
Che i be' vostri occhi, Donna, mi legaro.





V

CIPRIANO, vestido con la pulcritud y ortodoxia propias de un hombre que va a ver a Laura (¡a ver a Laura!!!) y que, a pesar de su modestia, tiene los trajes necesarios, presentóse a las cinco en punto de la tarde «chez Madame Dupont».

La dueña de la casa, apetitosa jamona de un agradable moreno mate y de profundos ojos obscuros, item más con un suave bozo en el labio (lector: a Cipriano de Urquijo no le gustan las mujeres con bozo. ¿Y a ti?), la dueña de la casa, digo, en cuanto se presentó a ella el joven pintor, acogióle como llovido del cielo, con la más hospitalaria de sus sonrisas:

—Ah! C'est vous, M. de Urquijo (madame Dupont pronunció la jota de Urquijo—esa nuestra áspera letra felina — con peculiar acento, y

dándole el sonido francés, naturalmente); soyez le bienvenu, M. de Urquijo!

Y en tono confidencial (el autor seguirá traduciendo casi siempre al español los diálogos, para comodidad del lector... y de los linotipistas) añadió:

—Me ha sido usted calurosamente recomendado por un amigo a quien deseo muchísimo complacer...

—¿Por el diablo? — se atrevió a insinuar Cipriano (y con supino candor dejó advertir una gran emoción en la voz).

—¡Bueno! Por el diablo, si a usted le parece— contestó ella con una sonora risa.—Y tengo la delicada misión de presentarle a la muchacha más encantadora que hay en París.

—¡Está aquí ya...!—y el «ya» se ahogó en la garganta del pintor.

—Aquí está... Procure usted hacer acopio de valor *(prenez votre courage à deux mains!)*, y vamos a saludarla.

Y, sin darle tiempo para más, la señora Dupont, tomándole de la mano, atravesó la sala en que estaban, franqueó una puerta, llegó a un salón donde había numerosos grupos de invitados, algunos alrededor ya de las inevitables mesitas de «bridge», y se dirigió a un rincón cerca de una ventana, donde conversaban, en un diván, dos señoritas, rubias las dos, bellas las dos, ele-

gantes las dos; pero una de ellas más rubia, más bella, más elegante.

¿No era ésta, por ventura, la señorita Laura?

Sí, por ventura, por indecible ventura, la señorita Laura era...

Lector: aprovéchate de la ocasión para contemplarla a tu sabor y talante; mira ese campo de nieve de su frente, bajo el cual se abren las dos misteriosas violetas dobles de sus ojos. Admira, lector, con toda tu admiración, otra flor doble que parece arrancada de una florida reja de Sevilla: el clavel estupendo de su boca.

¿Ves, lector, ese cuello que parece robado al propio cisne de Leda? ¿Ese cuello, no de pluma, pero sí de porcelana, y no de porcelana dura y fría, sino tibia y blanda... y olorosa?

No dejes, lector, pasar inadvertida, te lo ruego, la corona de cabellos de seda maravillosa, de oro tenue y ensortijado, que parece una transfiguración sobre la frente de la señorita Laura.

Y, por último, recuerda una de las estatuas clásicas que más te hayan embelesado, con aquella vestidura inmortal de graciosos pliegues eternos, y dime si la señorita Laura está, con su armonioso traje blanco, menos bien vestida que ella...

—Mi querida amiga—dijo la señora Dupont—, tengo el gusto de presentarla un joven pintor: Cipriano de Urquijo, una de las más ciertas glo-

rias futuras del arte. El señor Urquijo tiene el porvenir en su bolsillo *(il a l'avenir dans sa poche)* (1)... ¿Sabe usted lo que desea? Pues desea nada menos que hacer el retrato de usted, porque admira profundamente, desde hace tiempo (en discretísimo silencio, eso sí), su delicada belleza...

El joven pintor, mientras duraba este pequeño discurso, poníase de todos colores... ¿Cómo la luminosa cuanto sencilla idea de pintar el retrato de Laura no se le había ocurrido? ¡Obtusa imaginación la suya!

En tanto, ella, Laura, le miraba; le miraba abriendo inmensamente aquellas violetas dobles de sus ojos.

Le tendió la mano: ¡qué mano, lector; qué larga mano, modelada de un modo insuperable! ¡Qué tibia y suave mano! Dicen que se necesitan «seis generaciones para hacer una mano de duquesa». Para aquella mano se habían necesitado por lo menos diez.

¡Por qué soltarla ya nunca más! ¡Por qué no tenerla eternamente en la diestra, estrechándola con blandura deliciosa!

Y que pasase la sombra de este universo y de todos los universos posibles; y que los soles,

---

(1) Manera familiar y pintoresca de expresarse de la señora Dupont, que tú, lector, no criticarás.

ya marchitos y apagados, cayesen lentamente en el abismo del Todo, como lágrimas negras del dolor vencido; y que Cipriano fuese la conciencia única del Cosmos; y que las tinieblas primordiales volviesen a invadir la creación... Pero que aquella mano, el lirio sagrado de aquella mano, siguiese posándose en la diestra de Urquijo, por los siglos de los siglos, amén.

⊠

Fué preciso, sin embargo, soltarla. Fué preciso, asimismo, decir algo, un lugar común, una tontería... ¿Qué tontería dijo Cipriano? ¡Ah! Ya recuerdo: el infeliz dijo: «A los pies de usted, señorita.»

Perdónale, lector. Tú no sabes lo que es estar delante de Laura; a tí, pobrecillo, no te han mirado las dos violetas dobles de los ojos de Laura.

Ella sonrió. A las mujeres, por inocentes que sean, las encanta la turbación de un hombre, sobre todo si creen que ese hombre es inteligente. ¡Qué homenaje más delicado puede rendírselas! Con una mujer bella y discreta, un hombre (con tal que tenga patente de agudo e ingenioso) puede hacer el tonto con fruto. Ahora, que ello es peligrosillo, por algo análogo a lo que dice la kábala: «¡Ten cuidado, que jugando uno al fantasma se vuelve fantasma!»

Ella sonrió, pues. ¡Qué sonrisa, lector! Como si se hubiese abierto aquel clavel sevillano de que hablábamos y dejase ver en su cáliz una sarta de granizos; o como si dentro de un estuche de coral apareciesen, enfiladas, dos hileras de perlas (quizá la imagen no sea nueva, lector; pero ¿dónde ir a buscar en estos momentos una imagen acabadita de hacer, si al propio Salomón, hace miles de años ya, todas le hubieran parecido viejas?)

La voz de la señora Dupont se oyó de nuevo:

—¿Dónde está su mamá, querida mía? ¡Ah, ya la veo allí!. Voy a pedirle permiso para que el señor Urquijo haga a usted su retrato... (Pausa.) ¡Madame Constantin! ¡Madame Constantin! (La interpelada se dirigió al grupo.) Aquí tiene usted al joven y admirable pintor Cipriano de Urquijo, por quien me intereso mucho... (Pausa.) Desea hacer un retrato de Laura... Sin duda, será una maravilla... (Pausa.) ¿Quiere usted ponerse de acuerdo con él para las sesiones?... Podría empezar mañana mismo. ¿Qué le parece?

La señora Constantin pensó primero en rehusar; mas la señora Dupont no la dejó tiempo para ello. Otro pequeño, pero elocuente discurso, siguió al anterior, y como complemento la consabida pregunta: ¿Podría empezar mañana?

—Más bien pasado mañana—insinuó la seño-

ra Constantin, porque desearía consultarlo con mi marido, y... esta noche no lo veré. Va a una solemnidad académica.

—Pues pasado mañana—concluyó con firmeza la señora Dupont—. Ya lo sabe usted, Urquijo; ya lo sabe usted, Laura. Pasado mañana... a las once, ¿no es esto? A las once. ¿Le conviene a usted la hora, señor pintor?

¡Claro que al señor pintor le convenía!

—¿Y a usted, madame Constantin?

—Sí..., está bien.

—¿Y a usted, Laura? Vamos, ¿qué dice usted?...

—Si conviene a mamá... yo no tengo reparo que oponer...

—Pues asunto concluído: a las once. Aseguro a usted, madame Constantin, que este joven artista empleará en su obra todas sus potencias y sentidos. ¿Verdad, señor de Urquijo?

Cipriano salió de su éxtasis, de aquel éxtasis en que sólo veía dos violetas dobles, luminosamente pensativas, y respondió:

—Se lo aseguro a usted, señora Constantin. ¡El retrato de la señorita Laura será la obra por excelencia de mi vida!

Las dos violetas dobles, al sonar estas palabras, volviéronse aún más esplendorosas.

Una sonrisa dió claridad de amanecer a aquel rostro incomparable.

Cipriano perdió de nuevo la noción de su yo... ¡de todo!

Flotaba en un océano de amatista.

No volvió en sí hasta que los últimos invitados se despidieron, y madame Dupont, acercándose a la chimenea en que se apoyaba el joven, dióle una afectuosa palmadita en el hombro, y entre burlona y tierna, díjole:

—¡Despierte usted, hombre!... Conque *au revoir*, *n'es-ce pas?* A las once, pasado mañana. Yo iré por *ellas* a su casa, para que no falten. *Au revoir!*

⊠

¿A qué hora volvió Cipriano al taller? ¿Por qué calles volvió?

¡Oh, amor, sólo tú lo sabes!





VI

LECTOR, fíjate bien: hace ya quince días que la señorita Laura Constantin, hija del señor Víctor Anatolio Constantin, del Instituto, acompañada de su muy estimable madre, y algunas veces de madame Dupont, va a las once de la mañana al taller del pintor.

En estos quince días, Cipriano, que era un artista de primera fuerza, no manifestado aún; que sin haberse aún percatado de ello, poseía un exquisito temperamento, se ha descubierto, en primer lugar, a sí mismo, como acaba por descubrirse, merced a un relámpago interior, todo talento en germen, antes de mostrarse en su plenitud a los demás.

El amor le ha revelado la fuerza que poseía,

le ha hecho ver aquello de que era capaz, ha alumbrado su potencialidad escondida con luz súbita de reflector (diremos la palabra para meternos dentro de la actualidad en asuntos de luces); ha cambiado su desánimo en entusiasmo.

Monsieur de Jourdain hablaba en prosa sin saberlo. «Monsieur» de Urquijo era, sin saberlo, un gran pintor «en cierne»... (como dice el ilustre Rodríguez Marín y afirma el maestro Cávia que debe decirse cuando se trata de una cosa o persona).

Cuando lo supo, una gran fe empezó a florecer en su espíritu.

La fe aumentaba la fuerza, y la fuerza acrecentaba la fe.

Los compañeros que iban a ver el retrato quedábanse admirados.

La verdad es que casi ninguno de ellos había creído en el talento de Cipriano. (Hay que advertir que tampoco en el talento de los otros camaradas, limitándose cada uno a creer en el talento propio y a despreciar a los demás, como es de rigor, en el sigilo de su corazón).

Voló de boca en boca por Montparnasse la fama del joven artista hispanoamericano, y no hubo pintor del barrio que no acudiese a la rue Campagne-Première.

En cuanto a madame Constantin y a su hija, estaban encantadas. Monsieur Victor Anatole

Constantin, del Instituto, no tuvo más remedio que ir un día al taller. Encontró el retrato *d'une ressemblance frappante;* se entusiasmó; rectificó su juicio acerca de los extranjeros en general y de los artistas hispanoamericanos en particular, y acabó por invitar a comer a Cipriano.

Durante los quince días aquellos el joven había trabajado en éxtasis, como Fra Angélico.

Su subconsciente—que, como sabemos, es el que trabaja en realidad, no sólo en los artistas y los poetas, sino aun en los hombres de ciencia; testigos: Condorcet, Franklin, Condillac, Arago, Maignan, Bardach, etc., etc.—, su subconsciente estaba pintando el retrato. Él no hacía más que mover, como en estado de sonambulismo, los pinceles; mezclar los colores, arreglando todo lo relativo a la «cocina», y mirar, eso sí, mirar sin descanso a la mujer amada.

La comida a que le invitó el padre de Laura fué el colmo y remate de aquel supremo éxtasis de dos semanas.

¡La cara que puso la portera cuando le vió entrar, erguido, altivo, y subir majestuosamente, dándose «postín», la escalera, hasta el «segundo izquierda»!...

Ya no más, en las tardes nebulosas, se helaría los pies en las húmedas aceras del bulevar, mirando si tras de los visillos de una ventana se encendía una luz o se adivinaba una silueta.

Ya no más, como el gran lírico alemán, se preguntaría si era el viento el que agitaba las cortinas, o la mano de su adorada.

¡Con qué dulce familiaridad le recibieron!

¡Con qué amistoso impulso le tendió ella—¡ELLA!—la mano, el lirio impoluto de su mano! Monsieur Constantin no llegaba aún. Madame Constantin fué a dar algunas órdenes y les dejó solos un momento..., creo que cinco minutos.

¡Qué poco!—dirás, oh descontentadizo lector. Pero es que tú no sabes lo que son cinco minutos.

Cinco minutos pueden engendrar sinnúmero de posibilidades; en cinco minutos hay tiempo para el mayor crimen o para el mayor heroísmo. Si quieres, lector, saber lo que son cinco minutos, oye esta historia. Un reo comparece ante el Tribunal del pueblo. El defensor prueba hasta la evidencia, echando mano de testimonios y documentos, que el reo (acusado de robo con fractura y asesinato) no había podido cometer aquellos delitos, por la sencilla razón de que cinco minutos antes y cinco minutos después de perpetrado se le había visto fuera de la escena del crimen. Esto era casi probar la coartada.

«En cinco minutos, señores—concluía el defensor—, es imposible saltar las tapias de un jardín, romper un vidrio, abrir la vidriera, entrar, matar al dueño de la casa, llevarse los valores

forzando un mueble, y escapar de nuevo, escalando la tapia...»

El jurado se impresionó; el reo hubiera sido absuelto. Pero el agente del Ministerio público solicitó del juez que, antes que los jurados deliberasen, los asistentes permanecieran en silencio *durante cinco minutos*, a fin de que todo el mundo se diese cuenta de lo que estos cinco minutos significaban.

El juez accedió, y, mientras oscilaba el gran péndulo de la sala, un silencio imponente permitía oir las respiraciones...

¡Aquellos cinco minutos no acababan nunca!

Los asistentes, al compás del reloj imaginaban, sin duda, diversas fases del delito, y encontraban que había habido sobradísimo tiempo para cometerlo.

Cuando hubieron pasado los interminables trescientos segundos, el fiscal dijo sencillamente «Ahora, señores jurados, ya sabéis lo que son cinco minutos...»

¡Y el reo fué sentenciado a cadena perpetua!

Y si, lector, dijeres ser comento...

⌘

Pero Cipriano de Urquijo no se parecía en nada (felizmente para él) al criminal del cuento. ¿Sabes tú, lector, lo que hizo en cinco minutos?

Pues mirar a la señorita Laura, sonreirla... y

decirla una alabanza a propósito de su traje (*gris topo* con pequeños dibujos lila, que armonizaba con la blancura alpina y el matiz misterioso y profundo de las dos violetas dobles de sus ojos).

En éstas, llegó M. Constantin (saludos, amabilidades, sonrisas). Pasaron al comedor: un comedorcito íntimo, simpático, ultracordial.

Sentaron al pintor al lado de Laura...

¡Al lado de Laura!

Lector: no se te ocurrpreguntar a Cipriano a por el *menú* o lista de los platos.

Cipriano jamás ha sabido lo que comió aquella noche...





VII

Y el diablo?

¿Qué había sido del diablo? ¿Qué había pasado con el diablo?

Quizá, amigo mío, has juzgado a Cipriano un ingrato, y lo has absuelto en tu fuero interno, pensando que, en suma, al diablo no se le debe ninguna gratitud.

Yerras, amigo mío: la gratitud se la debemos a todo el que nos ha hecho bien.

Un hombre justo, ni al diablo le niega lo que le es debido.

¿Te imaginas a Sócrates, por ejemplo, desagradecido con su «demonio»?

Ya, ya sé lo que vas a contestarme: que el demonio de Sócrates, el *Daimon*, mejor dicho, no era un diablo.

«Era—dice Platón—cierta voz divina que se dejaba oir en él, que le detenía en algunas de sus empresas y que jamás le impulsaba a ninguna.»

Jenofonte cuenta en su libro de la muerte de Sócrates, que este filósofo dijo después de su condenación: «Ciertamente, ya había yo preparado dos veces una defensa de mi inocencia; pero mi demonio me lo impide y me contradice.»

Esta actitud inhibitoria sugerida por el Espíritu, llevó, pues, a Sócrates a la muerte. Sin embargo, él la agradeció, encontrando que la muerte era un bien: el remedio único contra «la enfermedad» de la vida... («¡No olvidéis de sacrificar un gallo a Esculapio!»)

—¡Ah!—objetaréis aún—; pero si un *daimon* puede hacer bien, un diablo no creemos que lo haga nunca.

Opino como vosotros: teóricamente, un diablo no debe ocuparse más que de hacernos mal; pero si, por un imposible, nos hiciese un bien, ¿no le deberíamos gratitud?

Había un santo varón que no sólo le hacía al diablo la justicia de pensar que sin él no habría sido posible la culpa y, por lo tanto, no habría habido Redención (*felix culpa*, canta la Iglesia), sino que oraba todas las noches por que Dios perdonase a Satán (lo cual, en suma, acabará

por suceder, según Orígenes... ¡supuesto que el diablo se arrepienta!).

Un día vínole cierto escrúpulo, y contó a su confesor lo que hacía.

El confesor, fraile severo, de manga estrecha, amonestóle con acritud, diciéndole que era un pecado orar por el diablo.

Volvió el santo hombre a su celda lleno de tribulación; pero se consoló pronto y se sintió confortado al advertir una sonrisa—una celeste sonrisa de indulgencia—en la faz de su crucifijo. («Bienaventurados los simples de corazón...»)

Cipriano, pues, no era ingrato, no; pensaba en su diablo con frecuencia.

Aquel buen señor, que bajo las especies de Mefisto le estaba ayudando de una manera tan hábil, tan discreta, tan eficaz, merecía su más cariñoso reconocimiento.

Hubiera querido verle, hablarle; pero cierto día, en que fué a visitar a Madame Dupont con el exclusivo fin de preguntarla «las señas del diablo», ella se echó a reir con la sonora risa que ya hemos oído.

—Sin embargo—dijo Cipriano, picado en su amor propio—, ¿no fué por insinuación suya por lo que usted me invitó aquella tarde?

—Ciertamente; pero usted comprende que, a pesar del frío que hace, yo no voy a tener cora-

zón de enviarle a usted al infierno para que busque a su protector...

—Vamos, no se ría usted de mí. ¿Dónde vive ese señor?

—Ese señor, amigo mío, es un verdadero diablo, y mientras no quiera revelarle directamente, o por mi conducto, el sitio donde usted pueda verle, yo nada diré.





VIII

En éstas, llegaron los días del Salón.

El retrato estaba concluído.

«Era maravilloso», según decían los más entusiastas; «estaba bien», según decían los menos; *«pas mal du tout»*, en concepto de los maestros franceses.

Procedimiento propio, dominio absoluto de la técnica, un sello característico, muy marcado; elegancia, mucha elegancia; en suma, *algo nuevo bajo del sol...* dentro de lo relativo de toda novedad.

Laura no cabía en sí de contentamiento; madame Constantin había llevado a todas sus amistades al modesto estudio de Cipriano (quien hubo de pedir prestadas a sus compañeros algunas sillas); M. Víctor Anatolio Constantin, del

Instituto, invitó, por su parte, a varios de sus colegas.

Para que todo fuera completo, hasta el diablo, aquel escondido diablo benefactor, dió oportunas señales de vida. Una tarjeta, llegada por el correo, decía:

«El diablo supone que el señor don Cipriano de Urquijo enviará al Salón, naturalmente, el retrato de la señorita Laura. El Jurado de admisión dará, sin duda, a esta obra de arte un lugar preferentísimo.»

... Y así fué.

En el *vernissage*, cuantos artistas hispano americanos viven en Montparnasse, lo mismo los portentosos cubistas discípulos de Picazo, que los herméticos órficos u orfistas; así los anglopersas, como los whistlerianos; tanto los futuristas, como los dinamistas y los estatistas; los prerrafaelistas-rosetianos, del propio modo que los prerrafaelistas a secas; los zuloaguistas, los angladistas, los romeristas y los zubiarurreños; los inefables *hieráticos* y los más inefables *transformistas* (llamados así porque a diario cambian de procedimiento, de estilo, de carácter—según la influencia—y van buscando toda la vida su ondulante yo, sin acertar a encontrarlo jamás); todos estos y otros, que no menciono por respeto a la paciencia del lector, pudieron ver con envidia, con aprobación o con indiferencia, el

retrato pintado por Cipriano, en uno de los más visibles testeros de una de las más visibles salas.

Como extranjero, Cipriano de Urquijo no tenía derecho a medalla ninguna. Pero la gloria, en cambio, hizo sonar para él todas sus trompas y sus címbalos de oro.

Los periódicos le dedicaron frases cálidas. El ministro plenipotenciario de su República telegrafió al presidente, quien, después de conferenciar con el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, hizo dirigir al funcionario diplomático el siguiente telegrama (que M. Víctor Anatolio Constantin leyó conmovido, con ayuda, naturalmente, de Cipriano, que se lo tradujo):

«Ministro de X.—París.

Sírvase notificar Urquijo Gobierno República ufano su triunfo, que honra país, otórgale desde próximo año fiscal pensión mensual mil francos y viáticos para viaje Roma.»

El plenipotenciario, en vista de esta *efectiva* consagración oficial, estimó que debía invitar a Cipriano a almorzar en la Legación, y juzgó que era pertinente asimismo extender la invitación a la encantadora muchacha que había sido el *deus ex machina* de la obra, del triunfo... y de la substanciosa pensión (la cual, lector, para tu tranquilidad, por si te interesas por Cipriano, te diré, «adelantándome a los sucesos», que le fué pagada por un año de una vez, con pasmo

del pintor, que jamás había visto tanto dinero junto).

Como no era posible invitar sola a Mlle. Laura, se extendió, por de contado, la invitación a sus padres.

Seis personas se sentaron a la mesa: el ministro y su esposa, M. Constantin y la suya, Cipriano y Laura, ¡a quienes colocaron juntos!

Tampoco en esta vez supo el pintor de qué se componía la lista. Le pareció, vagamente, que comía *tournedos* y que mondaba una mandarina...

◻

Lector, son las tres de la tarde. Un delicioso rayo de sol primaveral baña de oro el balcón de piedra que se abre en una sala de la Legación, y al cual, después del café, y mientras los viejos (que me perdonen este calificativo la esposa del ministro y madame Constantin...) saborean la *fine champagne*, se han asomado Cipriano y Laura.

Seré indiscreto, lector: la Legación está en la Avenida Camöens, y el balcón mira al Sena. Casi enfrente se extiende el campo de Marte; yergue allí su fantástico esqueleto de acero la torre Eiffel. A la izquierda, en el fondo, van recortándose en el ambiente las ennegrecidos arquitecturas de Notre Dame, del Panteón, de Val de

Grâce, del Palacio de Justicia, de cuyos muros surge airosa, apuntando a una nube, la flecha de la Santa Capilla... Todo el sortilegio de París, lector.

Los árboles del Trocadero hace ya un mes que estrenaron vestido, su portentoso vestido de un verde diáfano.

París, una vez más, está en primavera, lector; y el Sena lo sabe: el Sena, que copia los árboles y parece besar los muelles con voluptuosidad de mujer.

Laura viste un traje claro. Todo en ella es claridad; su pelo dorado se enciende como una aureola de virgen. Las violetas dobles de sus ojos brillan más misteriosamente que nunca, como si en sus trémulos pétalos hubiese más rocío. Su piel sonrosada parece traslúcida, como si una suave lámpara luciese en su interior. Su cuello, lector, es más gallardo que la proa de una trirreme antigua. Las ánforas clásicas, al mirarlo, romperían de envidia sus asas armoniosas...

Cipriano ha cogido suavemente la diestra de Laura. Ha mirado los ojos de violeta con infinito amor.

Con voz insegura ha dicho:

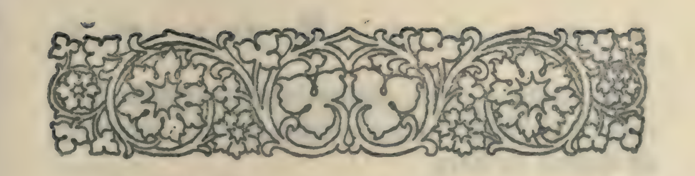
—¡Laura..., soy muy feliz!

Laura ha contestado:

—*Et moi aussi!*

Sus manos se han estrechado blandamente, con una caricia casta y divina. Sus almas, por ministerio de sus ojos, han hecho un pacto para la vida, para todas las vidas posibles, ¡para la eternidad!





LX

CAÍA la tarde (creo que esta frase hecha es muy oportuna para empezar el postrero capítulo del presente novelín); caía la tarde, o, si te place, Fabio, atardecía...

No temas, empero, que te describa el crepúsculo con su «orgía de colores». Aquél no era un crepúsculo orgiástico; muy decentito, al contrario, muy modesto, muy sobrio, apenas con el intento de un rosa asalmonado.

En el bulevar Pereire todo era paz.

Una azulada niebla parecía inmaterializar las lontananzas (esa azulada niebla de París, ya descrita, que Cipriano encuentra más bella que todas las opulencias solares, y que da un tono tan delicado a cuanto envuelve, como si fuera el propio tul, la propia tela divina del ensueño... «*Such stuff as dreams are made on!*)

Un hombre joven, elegantemente vestido, llamaba a la verja de un pequeño «hotel», rodeado de espesa verdura.

Su mano trémula hacía sonar el timbre con ligeras intermitencias.

Lector, no caviles más: aquel joven era Cipriano, que, por fin, gracias a madame Dupont, sabía la dirección del diablo e iba a darle, con efusión, las gracias por el indecible bien recibido.

Un majestuoso criado de ébano, alto, esbelto, con todos los caracteres de la interesante raza etíope (y no con ese matiz repelente de betún desvaído, característico de los negros de los Estados Unidos), atravesó el jardín (¿no habría portero en aquella casa?) y abrió la verja.

A su interrogadora mirada, Cipriano, más tembloroso aún, dijo:

—Vengo a ver a «Monsieur» (no se atrevió a decir al diablo).

El negro le hizo signo de que le siguiese; cerró la verja, subió una breve escalinata y entró en un vestíbulo obscuro, en el que se adivinaban armaduras y algunos bellos muebles de ébano.

—¿Su tarjeta?—dijo.

—Aquí está.

—Siéntese usted. Voy a anunciarle.

Y entreabriendo como sigilosamente una gran puerta, desapareció.

Cipriano, durante los momentos que siguieron, pudo oir perfectamente los latidos de su corazón.

Un etíope... Armaduras damasquinadas... Muebles de ébano... Silencio absoluto.

La gran puerta volvió a abrirse:

—Pase usted—dijo el negro.

Atravesaron un vasto salón penumbroso, cubierto de tapicerías, cuyos asuntos se adivinaban apenas, y severamente amueblado de taburetes y asientos corridos, de ébano también y damasco rojo.

Se abrió otra puerta.

Daba acceso a una enorme biblioteca... de ébano asimismo, del más hermoso estilo Luis XIII, con admirables columnas estriadas, de floridos capiteles, con nichos, en los cuales se inmovilizaban estatuas clásicas de bronce, en actitud serena; con amplias ventanas por donde entraba, a través de las vidrieras de colores, la luz «mística» del atardecer, que venía de un patio contiguo, en el que triunfaba la verdura nueva de las acacias y los castaños.

La biblioteca era todavía más misteriosa, más recogida que las otras salas.

Cipriano se detuvo indeciso.

El negro había desaparecido.

A medida que los ojos del pintor iban acostumbrándose a la penumbra, apreciaba detalles

de la suntuosa severidad de aquella gran sala llena de libros.

Pero había recodos de sombra que escapaban a su agudeza visual.

De uno de ellos surgió una voz conocida: *aquella voz de aquella noche*, en el bulevar Malesherbes.

—Bien venido, amigo mío.

Y una forma obscura avanzó hacia él.

Cipriano se sobresaltó... un momento, un momento nada más. Su voluntad dominó en seguida el miedo pueril.

El «diablo» sonreía con la más acogedora sonrisa y le tendía la mano, blanca, aristocrática, perfectamente cuidada y sin vello ninguno bestial... (Todo evoluciona, lector: el diablo usa depilatorios y tiene *manicuros.)*

Cuando se hubo repuesto de su emoción, el pintor (sentado ya al lado de aquel hombre simpático, de aspecto afable, aunque con no sé qué rasgo de misterio en la profunda palidez de las facciones) desbordó su incontenible gratitud.

—¡Usted no sabe—le dijo—lo feliz que soy! A usted se lo debo todo: la revelación de mi talento, en el cual no creía; el amor de una mujer infinitamente adorable; los medios materiales para cultivar esa «Ars lunga», en la que quiero firmemente emplear mi «Vida breve», para llegar a las grandes excelencias; la seguridad, en fin,

de un porvenir luminoso; ¡todo, todo!... Yo no sé quién es usted; ¡pero un espíritu poderoso y bueno no habría hecho más por mí!

Y, cogiéndole una mano, una de aquellas aristocráticas manos, se la besó con amor, antes que el diablo pudiese impedirlo.

—Amigo mío—respondió éste—, el verdadero autor de todos los bienes que menciona es usted; es su voluntad, hada milagrosa que duerme en tantas almas, y que en algunas no despierta jamás... Yo no hice otra cosa que azuzarla con la espuela del amor. Ella sola recorrió el camino.

—¿Pero quién es usted y qué razones ha tenido para protegerme? ¡Dígamelo, se lo ruego!

—¿Y por qué no seguir imaginando que soy el diablo, un buen diablo, si a usted le parece? Hasta el diablo, amigo mío, sirve los designios de la Providencia (de la cual dudaba usted, por cierto)... de una Providencia escondida que vela por nosotros... ¿Qué quiere usted que le revele? ¿Un nombre y un apellido comunes y corrientes? ¿El cómo la casualidad hizo a un hombre rico y aburrido tropezar con un artista que habla solo (mala costumbre, amigo mío) entre la neblina de un bulevar? ¿Una recomendación a tal o cual buena señora amiga mía y de la familia Constantin, para que los pusiese a ustedes en relaciones?... ¡Todo eso sería demasiado trivial!

Procure usted creer que soy un espíritu, lo cual tendrá cierto encanto..., *un diablo desinteresado,* que pudo hacerle un beneficio y está satisfecho!

«Por lo demás—añadió levantándose para dar por terminada la entrevista y tendiendo con un movimiento lleno de gracia y de cordialidad la mano al pintor—, todos somos espíritus; no somos más que espíritus, que se mueven en un plano de ilusión. Usted es un espíritu azul *(l'art c'est l'azur...)*; su rubia Laura, un espíritu «color de rosa»; mi criado negro, a pesar de su color, un espíritu «blanco» (por su primitiva candidez), y yo, un espíritu «gris», acaso triste, que busca a Dios por el camino real de la caridad... Sí, amigo mío, todos somos espíritus y tenemos todos algo de divino. Procuren usted y Laura hacerse dignos de esta divinidad que el Inefable les ha otorgado, y realicen durante su peregrinación por la existencia la mayor suma de amor, de belleza, de bien...»





III

UNA MENTIRA





I

APENAS había salido Blanca de su casa, cuando llamaron al teléfono.

Era la condesa de I.

Fernando cogió la bocina.

—¡Hola! ¿Es usted, condesa? Muy buenas tardes.

—Muy buenas tardes. ¿Está ahí Blanca?

—Justamente acaba de irse a casa de usted, a la *garden party*.

—¡Toma!, y yo que le telefoneaba para decirla que había suspendido la fiesta...

—Que la ha suspendido usted, ¿y por qué, condesa?

—¡Cómo!, no sabe usted que acaba de morir la princesa Leticia de L..., prima hermana de Su Alteza el Infante don Francisco?

—Lo ignoraba en absoluto.

—Pues sí, señor, acaba de morir, y por consideración a Su Alteza, que prometió asistir a la fiesta, habrá que aplazarla. Puesto que Blanca ha salido ya, tomará el te conmigo y sabrá aquí lo del aplazamiento—agregó la condesa.

Fernando acabó de vertirse. Al salir de casa, dejó dicho:

—Si viene la señora antes de las seis, que me busque en el Club, con el coche, para ir a la Castellana.

Pero la señora no volvió hasta las nueve de la noche, a la sazón que Fernando llegaba para la comida.

—¿Viste a la condesa?—le preguntó éste.

—Naturalmente: ahora mismo termina la *garden party* de caridad.

—¿La *garden party?*...

—Claro, hombre, la *garden party*: ¿ya se te olvidó que esta tarde habia una a beneficio del Asilo de Santa Cristina? Pareces caer de las nubes.

En efecto, a Fernando parecíale que caía de las nubes.

Iba a aclarar el punto..., pero le asaltó una repentina e inusitada sospecha.

—Perdóname—dijo dominándose—, me distraigo a veces más de lo debido... ¿Y estuvo animada la fiesta?

—Animadísima, con una tarde tan espléndida.

—La condesa quedaría contenta...

—Encantada.

—¿Bailaste?

—Un poco... se bailó un poco. Después formamos una mesita de «bridge» con Julia, Juan y Antonio... Pero ¿quieres tocar el timbre, Fernando, para pedir la comida? ¿No tienes hambre?

Al pobre Fernando le danzaban los muebles de la habitación; mas con un nuevo y formidable esfuerzo, logró serenarse e hizo como que comía.

Después, pretextando un asunto, salió a la calle.







II

La revelación de su tremenda desgracia habíalo aturdido.

De su tremenda desgracia, sí; porque no cabía duda: Bianca lo engañaba. Aprovechando la invitación a la fiesta, y sabiendo perfectamente que él, siempre confiado y distraído en sus labores, no había de preguntarla nada, había ido a otra parte... ¿Adónde? Sin duda a una cita.

Y aquélla no era la primera vez: sin la casual suspensión de la *garden party*, sin el providencial teléfono que llamaba justamente unos minutos después que ella se había marchado, Fernando nada habría sabido (como aconteció seguramente a menudo antes de aquella tarde). Por la noche, pensaría ella, dos o tres palabras vagas sobre la fiesta, y luego la comida tranquila, sin sombra de sospecha...

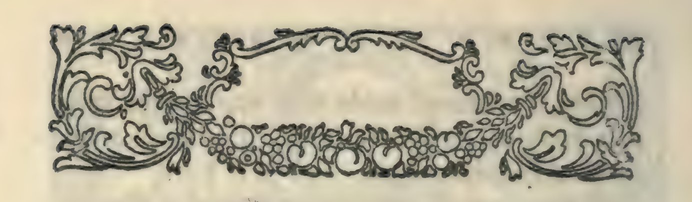
Pero el teléfono había sido en aquella ocasión instrumento del destino, y Fernando sabía ya la espantosa verdad.

Espantosa por inesperada y por cruel. Por inmerecida también.

Marido modelo, jamás en los siete años de matrimonio, transcurridos ya, había causado a Blanca, voluntariamente, la menor pena. La amaba con un amor profundo y sereno, uno de esos amores que han vencido las primeras pruebas, las primeras incompatibilidades, los primeros desencantos, y que se afirman y sustentan con la diaria intimidad, con los pequeños dolores y las pequeñas alegrías que forman el rosario de las horas comunes.

La sensible diferencia de edades—diez y seis años, pues Blanca tenía veintidós a la sazón, y treinta y ocho Fernando—daban a la ternura de éste un no sé qué de paternal, una condescendencia afectuosa, una cordialidad tolerante y simpática.

Blanca era pobre. Nació en una República hispanoamericana, de padres españoles, que tras haberse enriquecido en empresas mineras, vieron entrar por sus puertas la ruina, tan imprevista como suele venir siempre en este linaje de negocios: un *tiro* inundado, una alarma en la Bolsa; falta de crédito inmediato y bastante cuantioso para afrontar la situación...



III

Cuando conoció Fernando a Blanca, era ésta casi una niña. Sus quince años llenos de embeleso, con aparentes delicadezas y fragilidades de florecita de estufa; su rostro de palidez incitante, en la que negreaban dos ojos estupendos y rojeaba la más fresca y traviesa boca; su pelo abundoso de un castaño bronceado; la languidez un poco enfermiza de sus movimientos cadenciosos; no sé qué hálito de simpatía, como todas las simpatías inexplicable, rindieron pronto el corazón de aquel hombre ya un poco maduro, que hasta entonces no había encontrado en la vida más que a la aventura y no pensaba encontrar ya al amor.

Fernando desempeñaba a la sazón en la patria de Blanca el puesto de encargado de Nego-

cios de su país, otra República hispanoamericana.

Diplomático de carrera, a los treinta y un años había ya recorrido innumerables Legaciones de Europa y América, desde los diez y ocho, edad en la que empezó como agregado a su Legación en París.

Blanca, cuyo espíritu curioso e infantil soñaba con viajes, con resplandecientes cortes, con palacios donde lucir el alabado embeleso de su naciente juventud, vió (y con ella sus padres) el cielo abierto merced a aquel matrimonio, que iba a redimirla de la pobreza y a poner un marco admirable a su vida de alondra ávida de luz.

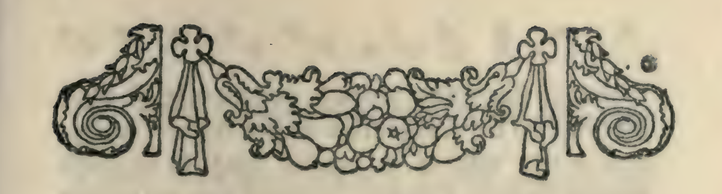
Tres años después de casados, Fernando fué ascendido a ministro plenipotenciario en España, con gran alborozo de ambos, pues si Blanca veía en perspectiva fiestas y esplendores (inusitados en la austera y un poco burguesa capital de su República), Fernando, descendiente como ella de españoles, enamorado lejano de cuanto de admirable hay en el *viejo solar*, sentía una atracción profunda por Madrid, donde había estado ya como tercer secretario de su Legación y había pasado horas inolvidables.

El matrimonio fué muy bien recibido: Él era un deportista consumado. Además, intelectual de verdad, gustaba de los estudios históricos

y literarios, y algunos discretísimos trabajos enviados a la Real Academia de la calle de León habíanle valido el nombramiento de socio correspondiente. Su aspecto distinguido y abierto conquistaba desde luego las amistades. Su conversación amena, un poco irónica, sin malevolencia, le granjeaba en los salones complacidos auditorios.

En cuanto a Blanca, era elegante, era bella: tenía diez y ocho años al llegar a Madrid. Ciertamente, no se necesitaba más...





IV

La infidelidad de una mujer, como la muerte, llega siempre cuando menos la esperamos. Los celosos casi nunca aciertan, y aun pudiera decirse de los celos que constituyen un buen indicio de fidelidad:

¡Puesto que sois verdad, ya no sois celos!

Si Fernando, en los primeros tiempos de su matrimonio, pudo alguna vez temer a los don Juanes que en sociedad rondan siempre a las casadas jóvenes buscando empresas fáciles, agradables y «baratas», con los años de vida común el fantasma de aquel temor se había alejado. En Madrid sobre todo, la solicitud de Blanca para con él habíase vuelto tan delicada, tan constante, que no parecía sino que el medio era propicio a un reflorecimiento del amor.

¡Infeliz (pensaba ahora), justamente el peor síntoma en un matrimonio es esa ternura repentina que le nace a la esposa después de largo tiempo de vida común..., ternura que es sólo la forma del remordimiento!

¿Con quién le engañaba? ¡Ah!, nunca tendría el valor de inquirirlo... Seguramente con alguno de esos frívolos títulos irreprochablemente vestidos a la inglesa, deportistas furibundos, de cerebro desalquilado.

Pensó en el ridículo...

Todo Madrid estaba sin duda enterado del lío aquel:

Todo Madrid lo sabía;
Todo Madrid, menos él...

Algunas veces habrían reido a sus espaldas en la Peña... Sí, ciertamente..., ahora recordaba la intención y la ironía de tales o cuales frases, cuyo tono subrayado le chocó.

Y al pensar en estas cosas, un rubor infinito, el sonrojo de su vergüenza pasada y presente, le encendía el rostro.

⊡

¡Y cómo la amaba a pesar de todo!

Ahora que sentía lo irremediable de su desastre, la imperiosa, la fatal necesidad de poner un brusco punto final a su vida común, desbordá-

base de su corazón la ternura de los años conyugales.

¡Qué iba a hacer sin ella! ¡Cómo vivir sin ella! Por un instante—sólo por un instante, apresurémonos a decirlo, a fin de que el lector no desprecie a Fernando—, el pobre hombre pensó:

—¡Si no la dijese nada! Si me resolviese a no saber nada... En suma, hay tantos elegantes en Madrid en mi caso. ¿Quién toma ya a lo trágico estas tristes cosas en nuestro mundo, en el gran mundo? Los matrimonios, de hecho, están moralmente divorciados. El marido va por su lado, la mujer por el suyo. La mujer dice al marido: «Esta noche cenará con nosotros mi *flirt*... Ya lo sabes.»

Y el marido sonríe con el más delicioso buen tono. Él por su parte dice a su mujer: «No me esperes a comer mañana. Tengo mi pequeña aventura...»

¡Y todo sigue en paz, en el mejor de los mundos posibles!

Eso de la ternura exclusiva, del sentimentalismo (del sentimentalismo sobre todo), está mandado retirar desde hace mucho tiempo.

Otelo en el siglo XX, hace reir.

Está bueno para que lo cante el signor Caruso, o para que lo represente, con estrangulación y demás «adminículos», un obrero de los barrios bajos. Si todos los maridos engañados de Ma-

drid, de París, de Londres, fuesen a tomar en serio su «situación», ríase usted de la carnicería de Verdun.

Y por una de esas flexibilidades de la memoria, que se complace en las más peregrinas asociaciones de ideas en los momentos trágicos, Fernando recordaba aquella sonriente anécdota del siglo XVIII, reproducida en tantos festivos grabados franceses de la época: cierto cura de una ciudad de Francia (el cura de Pontoise, precisaremos), en una plática dominical, recriminaba, sin señalarla, a una mujer cuya fidelidad conyugal dejaba mucho de desear.

Je vais jeter mon bonnet à celle qui a le plus trompé son mari.

¿Y qué había sucedido?

Pues que todas se llevaron las manos a la cara en actitud de defensa; y algunas, resueltamente, echaron a correr, saliendo de la iglesia.

En suma, este pecado no debe de ser tan grande cuando el Salvador mostró una indulgencia tal con la mujer adúltera...

¡Ah!—reargüía en el cerebro de Fernando aquel impertinente *yo* que discute con el otro—esa indulgencia fué paternal, pero severa: «Pues que ninguno te condena, yo tampoco te condeno: vete *y no peques más*...» Jesús, por otra parte, se mostró harto fiscalizador y de manga estrecha

contra el adulterio, cuando exclamó en el *Sermón de la Montaña:* «Oísteis que fué dicho: *no adulterarás;* mas yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró en su corazón.» (Mat., 5-27-28.)

Por momentos, una oleada de rebelión encendía la cabeza de Fernando. Él nunca había adulterado en su corazón; él jamás había mirado a una mujer con codicia; él había sido fiel a su Blanca, con esa fidelidad absoluta de las almas leales y nobles.

¿Por qué, pues, tan tremenda expiación?

«¿No la mereces?—replicábale entonces el otro *yo—;* pues si no mereces la expiación, señal de que no existe, de que todo es imaginario, de que Blanca no te engaña...

»Por lo demás, eso no es expiación. A un francés, a un inglés, a un alemán, a un yanqui, nunca se le ocurriría que eso fuese una expiación, sobre todo cuando se trata de un mal que cura radicalmente el divorcio... Acaso hay en el hogar cosas peores que la infidelidad solapada de una mujer: su mala educación, por ejemplo...

»En cuanto al punto de honor, bien sabes que no es sino un resabio de los dramas de capa y espada; ¿cómo un hombre culto del siglo XX puede fincar su honra sobre pilares tan frágiles?»

—¡Ah!—respondíase interiormente Fernan-

do—, si uno pudiera reeducarse, tal vez esto fuera discutible y opinable; pero quien tiene por sangre, por heredismo, unas cuantas ideas definitivas con respecto a la fidelidad conyugal, y empieza como yo por someterse con probidad a la misma medida, no pidiendo más a la esposa de lo que él la da, es incapaz de conciliaciones y de consuelos, que, dígase lo que se diga, son innobles y bellacos... Yo estoy hecho de tal manera que la resignación mundana me resulta imposible:

Nous restons jusqu'au bout tels que Dieu nous a fait.

¡Se iría, pues, para siempre!

Aquella misma noche, para no vacilar, sin verla más, metería en un maletín lo preciso, y dejaría a Blanca unas cuantas palabras escritas.





V

PERO... ¿y si todas aquellas imaginaciones fuesen falsas; si Blanca no le hubiese engañado; si su mentira hubiera sido una mentira inocente?

¡Y cómo saberlo!

¿Bastarían, acaso, las protestas de ella?

Lloraría, se indignaría, negaría patéticamente... Pero él, ¡cómo podría creerla! ¡cómo podría creerla por más que toda su alma y todas sus entrañas quisieran aferrarse a esta creencia!

Cuando la duda enraiza en el espíritu, sabemos bien qué enorme esfuerzo se requiere para desceparla.

Su paz, su felicidad, estaban arruinadas para siempre: esto lo sabía él con la lucidez dolorosa de los instantes definitivos.

Acaso ya no habría poder humano capaz de disipar en absoluto su sospecha...

—¡Sí, le escribiría aquella carta y partiría para siempre!

... Pero ¿y su puesto, su carrera, el escándalo?... ¡Ah! Cuántos hombres ante estos fantasmas habían inclinado la cabeza y preferido la vergüenza silenciosa: la «ignorancia» sonriente, esa frivolidad mundana que puede ser una actitud elegante y cómoda ante las grandes tragedias morales.

¡Mas él no haría eso!

¡El partiría!

Aquella misma noche pondría un telegrama urgente a su ministro del Exterior, diciéndole que comenzaba a hacer uso de sus vacaciones de verano; escribiría una nota al primer secretario, encargándole de la Legación, y otra al ministerio de Estado dando cuenta de este acto; razonaría asimismo en una carta al primer secretario su salida rápida para San Sebastián, de manera que él la encontrase natural, y, por último, trazaría para ella aquellas líneas supremas que releía en su imaginación:

«Lo sé todo y me voy. No te pido más que un poco de misterio para tu falta, por respeto a mi nombre... Mensualmente recibirás del Crédit-Lyonnais una suma que te permita vivir con decoro. Adiós para siempre.»

Un poco más tarde renunciaría a su puesto, pretextando salud.

Y después... ¡lo que el destino mandase!



VI

Volvió a su casa ya en la madrugada.

Metió cautelosamente el llavín en la cerradura, con miedo de que ella pudiese estar despierta, no obstante que sabía la habitual pesadez de su sueño.

Un silencio impresionante reinaba en el nido tibio y delicioso que aquel hombre iba a dejar para siempre.

Entró a su despacho, de puntillas, con una angustia infinita, deseando con toda la intensidad de su querer que Blanca no se despertase.

Verla en su desaliño salir de la alcoba, preguntándole el por qué de su tardanza en llegar, y *saber* que era absolutamente preciso abandonarla para siempre, era un esfuerzo superior a lo humano.

Púsose febrilmente a escribir las diversas notas y cartas necesarias y a meter en un maletín lo más preciso que pudo haber a la mano.

Su propia nerviosidad le daba fuerzas.

Dejó la carta a Blanca para el último.

¡Pobre corazón! ¡Pobre entraña! ¡Cómo se encogió desesperada!

Una sensación de desamparo infinito le oprimía la garganta.

El día empezaba lluvioso. El agua azotaba levemente los cristales.

Ahí cerca, en la alcoba tibia, ella dormía... ¡bella en su inconsciente abandono!

¡Un esfuerzo de voluntad!

Una resolución de mutismo, y todo el horror de aquella hora se desvanecía.

¡Él no sabía nada! ¡Por qué había de saber nada!

¡Quién le obligaba a saber nada!

Pero un sacudimiento profundo de la dignidad herida le estremeció.

Y con el último esfuerzo de que era capaz, escribió rápidamente las pensadas líneas:

»Lo sé todo y me voy... No te pido más que un poco de misterio para tu falta, por respeto a mi nombre. Mensualmente recibirás del Crédit-Lyonnais una suma que te permita vivir con decoro. Adiós para siempre.»

Después salió, cerrando con suavidad la puerta, y se metió resuelta y desesperadamente en el gris húmedo de aquella mañana.



VII

Ella era una muchacha ingenua, un poquitín coqueta, un poquitín vanidosa; pero no mala.

No estaba apasionada de su marido. En primer lugar, su temperamento, su languidez reposada, le vedaban la pasión; y en segundo, su marido era uno de esos hombres de quienes comúnmente no se apasiona una mujer: a quienes se admira, a quienes se estima, a quienes se llega a querer, pero que no suelen inspirar pasión.

Es una desgracia que pasión y estimación sean antípodas.

Cuando el mundo ande mejor arreglado (lo dejaremos para después de la guerra), todo hombre, toda mujer que amen con pasión, amarán a un ser noble y bueno.

Ya no más volverá a decirse: «¡Qué lástima que no pueda estimarte!»

O «¡qué lástima que no pueda amarte!»

Se amará y se estimará a la misma persona; se sincronizarán la estimación y el amor...

Pero en el año de gracia de mil novecientos y tantos, en que comienza esta verídica historia que ojalá, lector, te sea leve, todavía no existía tal sincronismo.

Ella, pues, como se ha dicho, no estaba apasionada de su marido; pero ¡cómo le quería!, cómo le estimaba!

El cariño y la estimación, cual dos centinelas siempre alerta, velaban en las puertas de la felicidad; y velaban tan bien, que ella pudo, merced a ambos centinelas, salvarse siempre del peligro:

Ego dormio sed cor meum vigilat... O bien: *Le cœur veille!*

⊠

—¡De suerte que no lo había engañado!

—No, lector; si tienes alguna simpatía por ella, puedes conservarla... No lo había engañado. Le había mentido y nada más.

Una mentira, si no blanca, por lo menos no negra: gris si te place.

Una mentira, sin embargo, que iba a costarle, quizá para siempre, su felicidad conyugal.

—¿Dónde había estado Blanca aquella tarde?

—Aquella tarde Blanca había estado en una cita; pero en una cita en la que todo su papel se reducía a ángel custodio.

Blanca tenía una amiga: la más buena, la más gentil, la más afectuosa, la más aristocrática de las amigas, pero también la menos seria.

¡Quién va a exigir seriedad a una mariposa, a un celaje, a un pájaro; a tantos y tantos seres y cosas que encantan con su fugitiva gracia la creación incomprensible!

Cuando Blanca llegó a Madrid, cierta linda marquesita, por una de esas simpatías súbitas y misteriosas, sintióse atraída hacia la joven y decidió *lanzarla* en el gran mundo.

Llevada de la mano por su hada cordial, Blanca vió abrirse ante ella y su marido las puertes de todos los salones. Fué una mujer «chic», una mujer «bien», y hasta las más encopetadas embajadoras, que suelen creerse de esencia divina y acaso lo serían

si encubrieran más lo huma,

se dignaron, no obstante la poca importancia internacional de la República que representaba su marido, invitarla a esos banquetes en que se alterna con las señoronas, el Nuncio y el Presidente del Consejo.

En buenos aprietos se vieron muchas duque-

sas para colocar a ella y a su marido en las mesas selectas, donde quien no era embajador ostentaba por lo menos dos grandezas de España de primera clase.

Pero así y todo, las invitaciones no faltaron.





VIII

LECTOR: ¿concibes la gratitud de una muchacha hispanoamericana, un poquito vanidosa, hija de indiano (de esos rudos, sencillos, fuertes, que llegan a América a las bodegas de las tiendas de ultramarinos), por la mujer encantadora que de golpe y porrazo la hacía alternar con aquellos himalayas del gran mundo?

¿Y crees que después de esto, a una amiga así se la pueda negar algo?

Ahora bien, la adorable marquesita, lector, estaba enamorada de un joven, que no era su marido, y, me apresuro a decirlo, iba a romper con él.

Iba a romper con él, ¿sabes por qué? Pues por remordimiento.

«En el amor de la española—me decía en

cierta ocasión un ilustre amigo mío, autor dramático y poeta celebrado—hay casi siempre un ingrediente delicioso, que no se encuentra en la pasión de una francesa, de una inglesa, de una alemana. *Et pour cause.*

«Este ingrediente es el remordimiento.

»La mujer española que ama con un amor culpable (apresurémonos a afirmar que, felizmente, esto es excepcionalísimo en España), sufre, en los momentos álgidos de su pasión, el escozor del remordimiento. No es raro oirla exclamar sinceramente, angustiosamente: «¡Virgen santísima, qué estoy haciendo!», lo cual—añadía mi picaresco amigo—da un sabor, una sazón, una salsa especial a sus ternuras.»

Pues bien, en el amor de la marquesita había este ingrediente, lector, y de tal manera fué metiéndose en la total fórmula erótica, que acabó por predominar, como el amargo que va cayendo gota a gota en el *vermut.*

La marquesa resolvió *ser buena*, y Blanca, su confidente de años, aplaudió la resolución con un fervor que a su marido le hubiese vuelto loco de alegría.

Pero a la marquesa «le faltaba el valor» para afrontar la escena definitiva, que debía tener por teatro un discreto rincón de las afueras de Madrid; y Blanca, con toda su alma, resolvió acompañarla.

¿Cuándo?

Pues la tarde de la *garden party*.

Para probar la coartada, de vuelta de la entrevista suprema, estarían un poco en la fiesta.

Sólo que la fatalidad tejió de otra manera la malla.

Suspendióse la *garden party*, y la entrevista se prolongó un poquito más (no tienes idea de lo patética que fue, lector).

Otrosí: el Berliet tuvo un *panne*, vulgarísima por cierto, un neumático... (accidente que desaparecerá ya para siempre gracias a un sabio invento español, según afirman los periódicos).

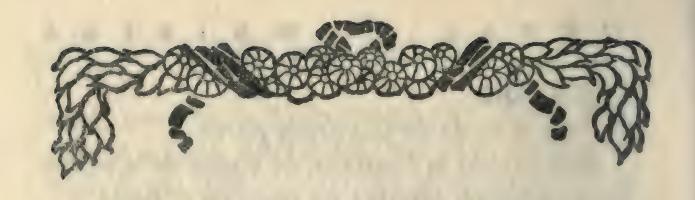
Blanca y la marquesa volvieron tarde a Madrid; no había tiempo de dar un vistazo a la fiesta; una mujercita «bien» siempre llega a su casa un poco antes de la comida. Es fuerza vestirse, refrescar un poco la cara...

Y así fué el caso, lector.

El *Fatum* sombrío estaba agazapado detrás de aquellos incidentes.

La tragedia descorría el telón.





IX

La estación más cercana a su casa era la del Norte; Fernando se dirigió a ella en el primer coche de punto que halló al paso.

Salía el rápido para San Sebastián a las nueve. Tomó un billete y esperó en el café de la estación, ensimismado en su dolor.

¡No volvería más! ¡No volvería más!

Pero la demañanada empezaba a hacer su efecto. Los nervios, en tensión tanto tiempo, relajaban sus resortes sutiles. Un desaliento infinito le comía el alma.

Y la vocecita irónica de adentro cuchicheábale: «¡Imbécil! ¡Imbécil!, toda tu desesperación es pura lectura, prejuicio; idea preconcebida. ¡El hombre es el único animal dramático del Universo!

»¿Por qué has amasado con pensamientos, con

palabras inútiles, toda esa arquitectura de tragedia, sin tomarte antes el trabajo de ver si los materiales eran hechos consumados y no imaginarios? Si se tiene un temperamento para desesperarse, se desespera uno ante la verdad, no ante las apariencias. Y lo mejor sería no desesperarse ante nada. La desesperación siempre es absurda y ridícula.

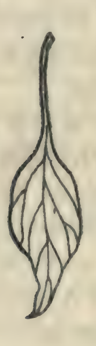
»Mira a esos hombres, a esas mujeres que entran afanosamente a la estación a coger el tren. Cada uno hila su tragedia: acaso tan terrible o más que la tuya. Hay quien es actor en una tragedia infinitamente más grave: la del hambre. Detenle y pregúntale qué haría si sospechase que le engañaba su mujer. Verás como se te ríe en las barbas. ¡Qué le importa a él eso! A él le importa el pan de los hijos, y va a conquistarlo virilmente en la lucha.

»A ti, en cambio, la vida te dió todos sus dones, y porque una chiquilla más o menos coqueta te hace sospechar de su fidelidad, crees que el cosmos se desquicia y que las leyes del Universo están en conflicto. ¿De qué demonios te sirve tu filosofía? Anteanoche leías apenas en un libro estas líneas admirables (1): «Procura siempre la acción sin la reacción. La acción es agradable. Todo el dolor está en la reacción. El

(1) *Inspired Talks. S. V.*

niño pone su mano en la llama: esto es placer; pero su sistema reacciona y viene el dolor de la quemadura. Podemos detener estas reacciones y entonces ya no temeremos nada. Vigila tu cerebro y no le dejes registrar el pasado. Sé espectador y no reacciones nunca. Sólo esto puede darte la felicidad. Los momentos más dichosos son aquellos en que nos olvidamos de nosotros mismos.»

»Contigo la vida ha sido espléndida, y al primer guijarro del camino tropiezas, y tropieza contigo toda tu sabiduría.»





X

Iba a salir el tren. Se levantó con esfuerzo y fué a buscar un sitio en un ángulo del coche.

El rodar continuo durante todo el día le hizo bien.

La monotonía del paisaje fué un sedante para sus nervios.

Por la noche, al llegar a San Sebastián, buscó en el Cristina una habitación cuyas ventanas diesen a la Zurriola. Quería ver, en cuanto se despertase al día siguiente, el mar: no el de paisaje suizo que se contempla desde la Concha coqueta y sonriente, sino el otro, el áspero, el salvaje no domado, el que deshace los rompeolas y asalta las rocas con sus blancos ejércitos de espuma.

Durmió aquella noche de un tirón diez horas. La naturaleza pedía lo suyo.

La *vix medicatrix naturae* hizo su efecto.

Al abrir temprano sus ventanas, toda la maravilla del paisaje se le metió por los ojos al espíritu. ¡Qué bello, qué inmenso era el mar... y qué pequeña su tragedia!

Se estuvo por lo menos una hora contemplando al titán, ahora azul, lleno de puntos trémulos oro, como dormido, con zonas de colores impintables: ya el pizarra, ya el verde, ya el pavón. Algunas barcas de pescadores aparecían y desaparecían a lo lejos, con el vaivén suave de la palpitación eterna.

A su derecha, el monte Ulía, los pinares admirables, las casitas deliciosas, todos los tonos del verde.

La Naturaleza parecía cogerle en sus inmensos brazos mullidos y decirle:

—Repósate, hijo mío: todo lo que piensan e imaginan los hombres, doloroso o alegre, es mentira. Yo soy la única verdad. Búscame siempre, y te daré la sabiduría sin palabras y la paz infinita.





XI

FERNANDO:

»¡Cómo has podido hacer eso! ¡Cómo has tenido valor para hacer eso, tan horrible!

»Al despertar y ver la mitad del lecho vacía, tu almohada intacta, salté de la cama llena de inquietud, muriéndome de zozobra, y echándome el peinador sobre los hombros, empecé a buscarte y a darte voces.

»Fuí al cuarto de baño, que hallé vacío; corrí a tu despacho... y sobre la mesa, muy visible, encontré tu carta.

»Ni con diez años de ternura me pagarás el mal que me has hecho.

»¡Qué tonto! ¡Pero qué tonto! ¡Y qué estúpida casualidad la de la suspensión de la fiesta!

»La idea de que dudaste de mí hasta ese pun-

to me pareció tan absurda, tan incomprensible, tan desorbitada, que me ha sumido en el estupor más profundo de mi vida.

»¿De suerte que tantos años de cariño, de solicitud constante, de pequeñas abnegaciones y pequeñas ternuras diarias, no son suficientemente fuertes para luchar contra una sospecha?

»¡Qué triste, qué flaco y mísero amor!

»Vuelve en seguida. Te convencerás de todo con una claridad absoluta, y sabrás que, en suma, una simple falta de franqueza contigo, por tratarse de secreto ajeno, ha sido la causa de la catástrofe.

»¡Cuánto dolor hay escondido en el más pequeño incidente, Dios mío!

»Vendrás en seguida, ¿verdad? Puede ser que así te perdone un día todo el daño que le has hecho tu

BLANCA.»

La carta venía con otras de la Legación enviadas por el E. de N. ad. Int.

Hacía una semana que Fernando comía en sus habitaciones del Cristina; emprendía solitarios paseos en automóvil o a pie, y, sobre todo, contemplaba el mar, el mar divino que le había curado.

La carta de Blanca le produjo una impresión de melancolía y tedio.

Quizás tenía razón. Quizás era inocente; acaso le convencería de ello aun siendo culpable: ¿qué mujer hermosa no convence, aunque sea momentáneamente, al hombre que la ama, de su inocencia, si el hombre que la ama, en el fondo, lo único que desearía es ser convencido? Así vemos cosas palpables, de una elocuencia total, diáfana, y que al pobre enamorado le parecen, después de oir las disculpas de la mujer querida, calumnia y mentira.

Hay almas tan nobles, que se resisten a creer ciertas infamias, y el corazón del hombre es como un pobre niño, deseoso de las raras alegrías de la vida, que no quiere gustar las heces de la copa.

Sin duda; sí, sería inocente; aquella carta parecía tan sincera...

¡Pero si esta vez no aconteció el mal, acontecería más tarde!

Los hombres y las mujeres sólo vivimos engañándonos y mintiéndonos.

Nadie, fuera de los genios y los santos, se atreve a mostrarse tal cual es.

El mundo es un presidio y una zahurda (a veces de muros dorados), porque ninguno dice a ninguno la verdad.

Los gobiernos engañan miserablemente a los pueblos. Los políticos procuran engañarse entre sí. La más honorable familia engaña al preten-

diente sobre las cualidades y la fortuna de la niña casadera. El novio engaña a la novia, y la novia al prometido. Las reputaciones no son más que obra del engaño y de la intriga. La Prensa es la bocina de la mentira... Y sobre esta montaña inmensa de falsedad, el macaco humano danza y hace contorsiones, hasta que un cataclismo por el estilo de la gran guerra, acaba con la farsa de los pueblos, fundiendo las impurezas en el inmenso crisol del dolor; fabrica una mentalidad distinta, y hace que la nave del mundo emprenda otra derrota.

Sí, acaso era inocente; pero ¡qué sabor iba á a encontrar de nuevo a sus caricias!

Entre sus labios y los de Blanca habría un quién sabe lleno de púas, en el cual morirían los besos.

Él (ya se dijo) no era de esos hombres que transigen así como así con las circunstancias.

Aut Caesar aut nihil!

O todo o nada, o un amor para él solo, o él solo para su vida, para su viaje por el ancho camino...

Mejor ir sin compañía que de la mano de una compañera desleal.

Y mientras meditaba tan dolorosamente repasando estas ideas, dos inmensas pupilas—la del mar y la del cielo—saturábanlo de azul, de oro, de mansedumbre, y el rumor lejano de la onda

eterna, volviéndose voz por excelencia de la Naturaleza, parecía repetirle:

«Reposa en mí, hijo mío. Todo lo que piensan e imaginan los hombres es mentira: yo soy la única verdad. Búscame siempre y te daré la sabiduría sin palabras y la paz infinita...»





XII

FERNANDO:

»¡Por qué no vienes!

»No se trata sólo de mi dolor y mi desamparo.

»¡La gente empieza ya a encontrar extraño que veranees sin mí!

»Es ridícula, después de todo, esa actitud, que no puede continuar.

»Si dentro de tres días no recibo noticia alguna tuya, irá a buscarte tu

BLANCA.»

«La gente empieza ya a encontrar extraño que veranees sin mí.»

¡Claro, él se había olvidado del collar! ¡El no era más que un triste perro con collar de oro!

Un diplomático, un señor que debe ajustar todos sus actos a la más perfecta ortodoxia social; que no tiene, sin causa justificada, ni el derecho de veranear solo.

Su dolor, su tragedia: cursilería.

La separación: escándalo; comidilla de burlones.

El propio Gobierno encontraría muy mal aquello.

No le quedaba más que un dilema, o renunciar a su carrera y desaparecer, conquistando así la relativa libertad que un hombre sin puesto ni ligas sociales puede tener en el mundo, o creer a Blanca, creer lo que le dijese Blanca; darla un beso de reconcilación..., y a vívir la vida de tes, de «bridges», de lunes del Ritz, de ajetreo, etc., etc., como los otros, estrangulando allá en el fondo del alma su pobre ética y su manido sentimentalismo.

Y miraba al mar apasionadamente.

Había errado la vocación. ¡Qué dicha ser marino, tener un barco, ir de puerto en puerto, arrostrando tormentas!

¡Un barco en que no hubiese mujeres!; en que hubiese libros, faenas rudas, viriles, y mucha paz.

Un barco velero—la verdadera nave—, un gran bergantín blanco o una fragata, con sus tres palos altivos!

Marinos fuertes y sencillos, comida frugal. Café negro, galleta, y un trago de ginebra...

¡Y el mar y el cielo nada más, el mar y el cielo: las dos sublimes pupilas de la Naturaleza!





XIII

PENSÓ que el dolor le volvía algo poético.

Antes no recordaba haber reflexionado tan hondamente en estas cosas.

... Pero Blanca le aguó la poesía y le rompió el ensueño.

Al día siguiente, antes de los tres del «ultimátum», a la sazón que él leía cerca de su ventana, dejando a cada paso el libro sobre sus rodillas para contemplar el mar, se le coló como un soplo de brisa su mujer, y se le echó, sollozando, en los brazos.

Vaya usted después de esto a andar con resoluciones de meterse a salvaje.

La primer tenaza del dilema aquél de marras (o desaparecer para siempre o creer lo que ella le dijese...) deshízose entre los labios de Blanca.

Media hora por lo menos, atropelladamente, con puntuación de caricias, duró la explicación de ella.

Todo lo había hecho por la marquesa: se lo probaría. La marquesa iría a verle y acabaría de convencerle. Se lo juraba por Dios, por la Virgen, por la medalla de su primera comunión, por la salvación de sus padres. No se trataba más que de una mentira blanca (como su nombre), indispensable para no denunciar la vida íntima de su amiga.

Te desafío, lector, a que no te convenzas, sobre todo cuando ya sabes que lo que dice Blanca es la verdad, y te has fijado en su traje sastre de gabardina, que la agracia extraordinariamente, y en su pequeño sombrero de paja dorada de Italia...

⊡

Sin embargo, Fernando fué duro de pelar.

Se le revolvía ahí dentro el miedo al ridículo... el ridículo miedo al ridículo que tiraniza a los pobres hombres de sociedad.

Si después de todo fuera cierto el mal...

Por otra parte, sus últimas veleidades marinas y naturistas le habían puesto ante los ojos un concepto más amplio, más bello, más cabal de la vida.

¿Pero acaso, ya cerca de los cuarenta años, se puede ser otra cosa que lo que se ha sido?

¡Quién va a romper el molde que endurecieron ocho lustros!

¡Dónde hallar la elasticidad necesaria para la renovación absoluta de una vida!

No, lo mejor era creer, creer de una vez en las palabras de la hermosa boca, que se le ofrecía como un regalo siempre renovado, y continuar la peregrinación, de la mano de aquella mujer elegante, buena hasta cierto punto, afectuosa, joven y bella.

Al fin y al cabo ya estamos adulterados por la civilización... En lo más apartado del mar, en el camarote que rechina y cruje, hacen falta los periódicos, las revistas, los libros...

La costra de cultura es muy espesa para arrancarla de un golpe, por más que Taine afirme que rascando al hombre un poco se encuentra al orangután.

⊠

¿Pero y la duda, la maldita duda?



XIV

Todo está bien—exclamó Fernando tras uno de los silencios que siguieron al agitado relato—. Está bien todo; pero ¿cómo voy yo a matar a la duda cuando saque su cabecita de víbora del fondo de mi alma?

—La duda—le respondió ella sentenciosamente, como si hubiese leído mucha filosofía—, la duda se mata con el amor.

Y agitaba con infinita gracia el índice de su mano derecha.

—¡Y dónde voy yo a encontrar bastante amor para matarla!—suspiró él amargamente.

—Buscándolo en todo tu corazón. Yo te ayudaré, además, con el mío, que ahora es muy grande. Porque, escucha—añadió, sentándose en sus rodillas—, antes te quería; ahora te idolatro. Te idolatro. Te idolatro porque he creído

perderte para siempre, y se me ha revelado toda la intensidad de un amor que yo misma no conocía. Es natural, ¿verdad? Sabemos tan poco las mujeres de nosotras mismas. No analizamos ni disecamos nuestras almas, como vosotros. Yo era feliz a tu lado. Estaba en paz. La vida socia me absorbía un poco... Creía tener por ti un gran afecto, una gran estimación; cierta gratitud, porque tú me habías dado cuanto poseía. Pero amarte con pasión, lo que se dice amarte, no, francamente, no lo creía... Hasta que vino la catástrofe. Aquella mañana, al encontrar la mitad del lecho vacía, al ver después tu carta sobre la mesa, creí que te habías matado; fué mi primera impresión, y una oleada de dolor infinito me envolvió toda. Abrí, temblando, la carta, y al leerla casi sentí consuelo. ¡Dudabas de mí, pero vivías... vivías! ¡Tú no sabes todas las emociones que me sacudieron durante algunas horas! Y entonces acabé por ver claro en mí misma. Mi corazón se volvió como una urna de cristal que muestra todo su contenido. ¡Te quería, sí, te quería con el alma!

⊞

Ponga el lector, tras estas arrebatadas palabras, los besos que le plazcan, y después una pausa.

Durante la pausa, la viborita del escepticismo volvió a asomar la cabeza.

—Te creo—exclamó Fernando—, te creo. Pero mañana, cuando se haya enfriado este dolor que tuviste de perderme; cuando me veas otra vez a tu lado, ¿me amarás lo mismo?

—Te amaré lo mismo, Fernando.

—¿Y cómo lo sabré?

—Lo leerás en mis ojos...

—La vida social te absorberá de nuevo. Los *snobs* vacíos procurarán tu conquista. Eres una presa bella y cómoda.

Ella le puso la mano en la boca:

—No me ofendas, calla.

Pero la viborita seguía agitando la cabeza.

—La vanidad es poderosa.

—Entonces—gritó ella—no vas a creer en mí nunca, nunca, a pesar de que te amo, de que te adoro. No vas a creer en mí por una sola mentira necesaria, la única que te he dicho en mi vida.

—No voy a creer en ti—replicó él, desolado y como un eco—, por una mentira, por una sola mentira que salió de tus labios.

Se puso ella de pie. Seria ya, rígida.

—Está bien—pronunció con frialdad—, yo seré la que me vaya para siempre.

Fué un momento trágico.

El no respondió.

Ella esperó aún otro instante.

Él permaneció callado.

—Adiós, Fernando—dijo ella por fin, resuelta, con voz natural, sin reflexión ninguna de reproche.

—Adiós...

Y Blanca se dirigió hacia la puerta, con paso firme y rápido, y al salir la cerró con mano segura, cuidadosamente.





XV

¡Qué desgarramiento horrible!

¡Qué hora la que siguió a aquella despedida...!

Pero, en suma, mejor era así.

¿Cómo vivir con una mujer que mintió una vez; con una mujer a quien se amaba apasionadamente, en la cual se creía por sobre todas las cosas... y que nos mintió una vez?

En cada protesta, en cada afirmación suya, la duda, en el fondo del corazón, formularía su pregunta:

«¿Dirá hoy la verdad?»

«¿Mentirá de nuevo?»

¡Oh, divino poder de persuasión de la boca santa que nunca nos ha dicho más que palabras ciertas!

¡Oh, dolor cuando la boca mintió una vez!

Y Fernando se puso desesperadamente a mirar al mar y al cielo, las dos pupilas de la Naturaleza, y a oir el rumor de la onda cercana, que parecía repetirle:

«Repósate en mí, hijo mío: todo lo que piensan e imaginan los hombres, doloroso o alegre, es mentira. Yo soy la única verdad. Búscame siempre y te daré la sabiduría sin palabras y la paz infinita...»

⊠

Desgraciadamente, las cosas en esta vida no acaban tan bellamente como uno querría.

No cabe duda de que Blanca, yéndose majestuosa, altiva, para no volver, era un bello final.

¿O no, lector?

No cabe duda asimismo de que un grito de él en aquel momento, al trasponer ella los umbrales de la puerta, «¡Blanca!», era de un gran efecto, como aquel grito con que Dumas (hijo) terminó su «Denise», al irse ella porque él conocía la historia de su deshonra y no se atrevía a perdonar: «¡Dionisia!»

(En castellano esto no se oye bien, porque parece que se llama a una criada, pero en francés es de un efecto admirable.)

No cabe duda, por último, de que él, comprando un navío como el romántico archiduque

Juan Orth, y perdiéndose en la inmensidad de los mares, resultaba incomparable.

Pero la realidad fué más modesta.

Blanca, desesperada, buscó a la marquesa en San Sebastián.

Le dijeron que estaba en Zarauz; cogió un automóvil y se fué por ella, plantándose a poco en la «Villa María Luisa», donde veraneaba su amiga.

Llorando y gimiendo le contó toda la historia.

La marquesa nada sabía. Ignoraba hasta qué punto la inocente complicidad de una hora iba a arruinar la vida de su amiga.

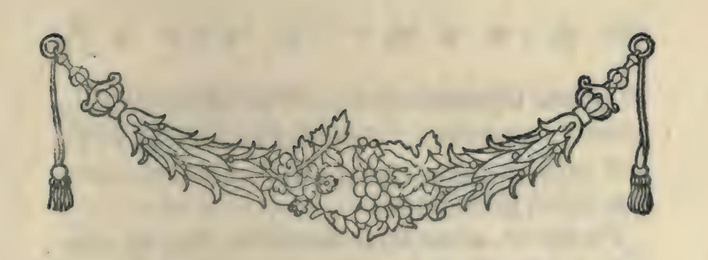
La besó y la abrazó conmovida:

—¡Pero, hija mía, habérmelo dicho antes!

Fué a su escribanía. Sacó unas cartas: toda la historia de su amor escondido; y sin dar apenas tiempo a la pobre Blanca para reposarse, metióse con ella en el automóvil... y:

—¡Al María Cristina, Gastón!

La penetrante sutileza del lector habrá adivinado que Gastón era el *chauffeur*.



XVI

ANOCHECÍA. Fernando, después de un largo paseo a pie, de regreso en el hotel, se disponía a tomar un baño, cuando le anunciaron a la marquesa.

Iba a responder «que no estaba en su habitación», cuando tras el criado se le coló la visitante, dándole apenas tiempo para ceñirse el batín.

—¡Pero, Fernando, qué atrocidad, qué horror! ¿Es posible que un hombre inteligente y bueno como usted, que un hombre de mundo, además; que un hombre «bien», en fin, se conduzca de esa manera?... Me va usted a obligar a mostrarle unas cartas que no enseño ni a mi sombra; mas la felicidad de Blanca es lo primero...

»¡Vaya leyendo, vaya leyendo, señor mío! Yo glosaré, comentaré y explicaré la historia. Al fin y al cabo ya todo pasó, y usted es un caballero, que sabrá enmudecer.»

Fernando, al oir lo de caballero, hizo un ademán... caballeresco.

—Marquesa, se lo suplico, no me lea esas cartas... Me basta con su palabra.

—No, no le basta, qué le va a bastar... Ya puesto a dudar un hombre, nada le basta. En cuanto yo me vaya, volverá usted a las andadas; se romperá la imaginación cavilando, y mi pobre Blanca no podrá convencerle.

»Oigame con calma; no hay más remedio. Imagine que soy una literata cursi que quiere a toda costa leerle una novela. Porque ésta es una novela, va usted a oir... una novela, después de cuya lectura, con todas sus fechas, sus puntos y sus comas, se convencerá, hasta la evidencia, de que yo he sido la única heroína, y de que todo el pecado de Blanca se redujo a no dejarme sola en el instante más desagradable de mi vida, y en no referir a usted una verdad que no estaba autorizada para revelar.»

—Le repito, mi querida marquesa, que no necesito leer esas cartas. La presencia de usted aquí, su afirmación, me convencen...

—¿Hay algo que convenza a un celoso?

Y añadió con una encantadora volubilidad:

—¿Recuerda usted aquel admirable soneto de Sor Juana Inés de la Cruz?

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.
Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía,
mi corazón, deshecho, destilaba.
¡Baste ya de rigores, mi bien, baste!
No te atormenten más celos tiranos
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos...

»Y eso necesitaría usted nada menos, ver el *corazón* de Blanca *deshecho entre sus manos*, para creerla... Nada, nada; esto tiene que quedar arreglado como se debe, a las derechas... Si no, apañados estábamos... Conque a leer, amigo mío, que se nos viene la noche encima y yo tengo que volver a Zarauz siquiera a dormir, porque a comer usted me invitará, ¿verdad?»

—Naturalmente, no faltaba más...

Y la marquesa pasó el pequeño haz de cartas a Fernando, que empezó a leer en voz baja, interrumpido a cada paso por ella con observaciones y comentarios.

Yo bien quisiera, lector amigo, que conocieses la historia de amor de la marquesa. Tal vez tu moralidad, por estricta que fuese, la absolvería. ¡Hay cada marido en este mundo!

Imagínate una pobre muchacha, casada por exigencias de la fatalidad, con un título que tenía más vicios que apellidos y más lacras que antepasados; que ni siquiera sabía escribir con ortografía; que se pasaba las noches con las cupletistas, etc., etc. Imagínate, además, que esta muchacha era (ya se ha dicho) tan poco seria como una mariposa, e imagínate, por último—pues que estamos en pleno imaginar—, al novio de la adolescencia, inteligente, bello, noble, que vuelve...

... Como en el cine, ¿verdad?

¡Qué había de suceder!

Nadie, por ningún motivo, tiene derecho a engañar..., y la marquesa se defendió denodadamente, desesperadamente, de su amor.

Pero no era más que una pobre mujer, aturdida, ligera, sin un alma amiga que la aconsejase, y estaba muy lejos del tipo trazado por fray Luis de León.

... Sobre todo, al llegar a este punto de mi verídica historia, ya todo ha terminado, ya ella se arrepintió e hizo propósito firme de nunca más volver a las andadas; ya la absolvió el confesor.

No seamos más severos que éste. Dejémosla

llevar la vida ejemplar que lleva: ¡a ver si hay otra en la Corte que se preocupe más de las buenas obras!

Dejémosla cumplir dos penitencias: la que le impuso el sacerdote, que fué ligera, y la que su destino le impone, que es vivir con el marqués, cada día más vicioso, más enfermo y con más cupletistas...





XVII

CUANDO terminó la lectura de las cartas, Fernando estaba radiante. Sentía que descabezaba por fin a la viborita.

Como en el drama de Echegaray, había apuñalado a la duda.

La marquesa recogió sus cartas, las ató delicadamente con una cinta verde olivo, las metió en su saco de viaje, y se puso de pie. Quedóse mirando a su amigo, y al leer en los ojos de éste la convicción de la inocencia de Blanca, le tendió su mano graciosamente, diciéndole:

—Está usted satisfecho, ¿verdad? Aquí no ha pasado nada.

Fernando, por toda respuesta, besó, conmovido, aquella diestra leal.

—Bueno—añadió la marquesa—, pues ahora

a vestirse, y pida por teléfono en seguida una mesa con tres cubiertos.

—¿Con tres cubiertos?

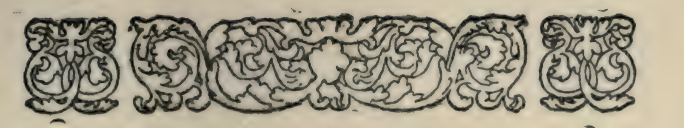
—Naturalmente, simplín, con tres cubiertos. Yo voy a bajar a la sala de lectura por la pobre Blanca, que está esperándome, usted adivinará con qué impaciencia.

—¿Pero está aquí Blanca?

....

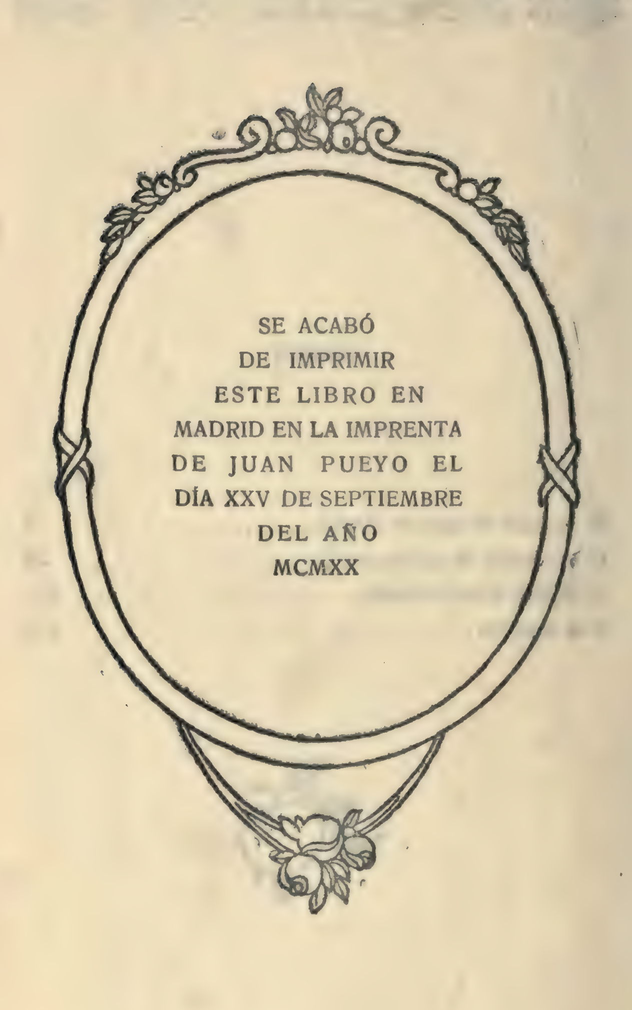
—Sí, aquí estoy—respondió con blandura una hermosa voz cercana—, y se abrió la entornada puerta, y la mujercita vestida de gabardina, se arrojó en los brazos de su marido, llorando dulcemente, muy dulcemente.





INDICE





SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXV DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO
MCMXX



